

Félicette

o el primer trabajo del reportero Pérez



Noel Pérez García (Santiago de Cuba, 1982). Licenciado en Bioquímica. Egresado del Centro de Formación Literaria “Onelio Jorge Cardoso” (2013). Premio de Cuento Corto Latinoamericano, 2015. Primer Premio 9no Concurso Internacional de Minicuentos, El Dinosaurio, 2015. Primer Premio en el XXX Concurso de Poesía “Luisa Pérez de Zambrana”, 2016. Gran Premio XXI Juegos Florales de Santiago de Cuba, 2017. Primer Premio de Poesía Small Axe 2017. Finalista del XIX Premio Celestino de Cuentos, 2018. Mención del Concurso Nacional de Artes Plásticas y Literatura Regino Botti (2018, género: cuento). Mención del XV Concurso de Minicuentos, El Dinosaurio, 2023. Mención en el Premio de la ciudad de Camagüey Silvestre de Balboa 2024 (cuento). Textos suyos aparecen en revistas, plaquettes y libros. Tiene publicados: *Distopías*, Ediciones Santiago 2018 (poesía); *Cuestión de Actitud*, Ediciones Santiago 2019 (cuentos). Ha colaborado en las publicaciones seriadas *Viña Joven*, *Caserón*, *Sic*, *Del Caribe* y en el boletín *Ideas*, del Centro de Promoción Literaria “José Soler Puig”.

Félicette

o el primer trabajo del reportero Pérez

Noel Pérez García
(son dos Pérez diferentes)

Noveleta



TERCERA PARTE

FÉLICETTE.....45

146

247

349

453

557

661

765

867

EPÍLOGO.....73

Félicette o el primer trabajo del reportero Pérez

Edición: Berkis Aguilar Mazola
Corrección: Ismarys Suárez Pérez
Emplane: Noel Pérez García
Diseño de cubierta e ilustraciones: Natalia Urquía Linares

© Noel Pérez García, 2024
© Sobre la presente edición: Editorial Unicornio, 2025

ISBN 978-959-218-536-4

Editorial Unicornio
Centro Provincial del Libro y la Literatura de Artemisa
Calle 48 No. 2701 / 27 y 29, Artemisa

Índice

PRIMERA PARTE

EL REPORTERO PÉREZ.....7

1	8
2	10
3	12
4	13
5	15
6	17
7	19
8	21

A Gabriela, porque se lo prometí. Sin condiciones.

A Nakka, por acompañarme en el camino.

SEGUNDA PARTE

CON PARÍS EN EL HORIZONTE.....25

1	26
2	27
3	28
4	29
5	31
6	33
7	34
8	36
9	38

PRIMERA PARTE EL REPORTERO PÉREZ



EPÍLOGO

Cuando llegaron a mis manos los diarios de viaje del ratón Pérez, nunca antes había escuchado hablar de Félicette. Poco después, tuve acceso a la nota que publicó la agencia RATPRESS, y que se reproduce en este libro.

Con el tiempo, la prensa humana comenzó a hacerse eco de la historia de la única gata que viajó al espacio. Algunos artículos ofrecían nuevas aristas de las que Pérez no pudo conocer, por razones obvias. La mayoría, se encargó de resaltar aquellos hitos ya señalados por el propio reportero en su nota original.

Como sea, después de consultar varias de esas fuentes, aún prefiero la historia tal y como la conocí a través del reportero Pérez. Y hay una sencilla razón para eso: es el único que la contó desde la perspectiva de la principal protagonista: Félicette.

No obstante, les dejo aquí los enlaces a algunos de esos artículos para que los puedan leer, y comparen todas las versiones posibles. Dejen que su corazón les indique cuál es su preferida.

EL AUTOR

Félicette: la gata que salió de las calles de París para viajar al espacio / EL PAÍS

Félicette, la primera y única gatita en viajar al espacio / MILENIO

El injusto olvido de la única «gata astronauta» de la historia / ABC

Félicette, la gata callejera que fue entrenada como astronauta y viajó al espacio / CLARIN

Los héroes olvidados del espacio: Félicette, el único felino que ha ido un paso más allá / XATAKA

Félicette, la gata francesa que hace 55 años voló al espacio / LA TERCERA



Lo que les cuento sucedió hace ya bastante tiempo. Ocurrió a unos pocos meses de celebrado el matrimonio entre Cucarachita Martina y el ratoncito Pérez. Mucho antes del fatídico accidente de la olla.

La idea no partió de él, por supuesto. Fue Martina quien, cansada de que Pérez no hiciera más que “dormir y callar” mientras ella se ganaba el pan de cada día, le dijo que no habría más sopa de cebolla si no encontraba pronto un trabajo.

Claro que una cosa era lo que pensaba Martina, y otra bien distinta lo que estaba dispuesto a hacer el ratón Pérez. Así pues, cuando unos días después el ratoncito llegó a casa y gritó a los cuatro vientos desde la misma puerta: «¡Martina, mi cucarachita adorada, prepárale una rica sopa a este tu ratón trabajador!», la cucarachita se alegró sobremanera. «¡Por fin su esposo se convertiría en uno de esos exitosos ratones que trabajaban en el mercado del queso o el de los dientes!», pensó.

Solícita, puso la olla en el fogón, le agregó todos los ingredientes, incluida la cebolla más grande que tenía en la cocina, y fue hasta la sala a darle la bienvenida a su ratón emprendedor.

—Y dime, mi ratoncito querido, ¿qué trabajo conseguiste?

—¡Ay, Martina! —dijo Pérez, y sin dejar de sonreír tomó a la cucarachita entre sus patas. La levantó del piso y comenzó a girar y a girar, como en un tiovivo, mientras decía: —¡El mejor trabajo del mundo!

Martina se dejó contagiar de la alegría de su esposo. Se aferró a él con cuatro de sus seis patas y se dejó llevar por los aires. El viento agitaba el fino hilo de sus antenas. «¡El mejor trabajo del mundo!», repetía en su cabecita de cucaracha, mientras se relamía pensando en todo el maquillaje que podría comprar de ahora en adelante.

—Pero, ven, mi pequeñín —dijo Martina cuando el muy sofocado ratón Pérez dejó de girar y la devolvió al piso—;

cuéntame todos los detalles mientras preparo la más deliciosa sopa de cebolla que jamás hayas probado.

—¡Ay, mi Martina, tú siempre tan cariñosa! —respondió Pérez, y se dejó arrastrar hasta la cocina.

—Siéntate y cuenta —ordenó Martina, ya frente al fogón, con un ojo puesto en el agua que comenzaba a hervir y el otro en su esposo. Al ratoncito parecía habersele congelado la sonrisa en el rostro.

—A ver... —Pérez se paró de la silla donde lo había dejado Martina; fue hasta el refrigerador, metió la cabeza, olisqueó y, algo decepcionado, sacó un pomo de agua— ¿por dónde quieres que empiece? —Se volteó, con el pomo todavía entre las patas. Miró de un lado a otro como si buscara algo. Martina lo siguió con la vista sin dejar de agitar la sopa con un cucharón, creando un remolino cada vez más grande en el centro de la olla. El ratón fue hasta un aparador cercano, tomó un vaso plástico y regresó a la mesa. —Sí, a ver..., esta mañana salí temprano...

—¡Ve directo al grano! —gritó Martina, y golpeó con el cucharón el borde de la olla. Desde la mesa, Pérez la miró sorprendido, con el pomo suspendido en el aire y el vaso a medio llenar. La cucarachita enroscó sus antenas y, sonrojada, dijo en voz baja: —Disculpa, amor mío, ¿qué decías?

El ratoncito sacudió los bigotes y parpadeó tres veces seguidas. Colocó el pomo sobre la mesa y con una sonrisa conciliadora le dijo a su esposa:

—Sabes qué, ¿por qué no adivinas?

Martina lo miró dubitativa, pero la mirada de Pérez la tranquilizó: la miraba como lo hizo aquel día cuando le dijo «Cucarachita Martina, ¡qué linda estás!». Entonces desenrolló alegremente las antenas y se decidió a jugar.

—A ver, a ver... ¡en el mercado del queso!

—Nop —sonrió Pérez.

—Ummm... —Martina se llevó una pata al rostro, en actitud pensativa— ¡comerciante de dientes!

Demoró unos segundos en recomponerse. Finalmente cerró la puerta (y la boca) y extrajo del sobre el conocido papel con el membrete de la agencia RATPRESS. Esta vez estaba escrito en tinta azul:

Bienvenido a casa, reportero Pérez. Lo esperamos a primera hora de la mañana en la Agencia para asignarle una nueva misión.

Jefe de Redacción / RATPRESS

P.D. Me gustó mucho su nota. Le espero con impaciencia para que me cuente nuevos detalles de su viaje.

Esta vez el salto fue de alegría. De vuelta a la mesa, aún tenía una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Quién era? —preguntó Martina mientras le servía sopa.

—Un viejo amigo —respondió Pérez, y probó la primera cucharada.

—Entonces —dijo Martina, con los ojos brillantes—, ¡cuándo me das la cajita de polvos que me trajiste de París!

Un chorro de sopa y de fideos salió disparado por la nariz del reportero Pérez.

hetes Véronique, al del Centre Interarmeés d'Essais d'Engins Spéciaux, al de Hammaguir en el desierto de Argelia, desde donde voló hacia la leyenda.

Pero yo conocí a Félicette. Hablé con ella. La miré a los ojos. Vi en su piel la marca de su verdadera grandeza: persistir cuando otros se rindieron. Aceptar con valentía los retos que le impuso la vida. Aprender. Superarse. Actuar. Y, sobre todo, hacerlo sin guardar rencor. Consciente del papel que le tocó jugar y orgullosa de hacerlo.

Porque en Félicette se resume la historia de otros tantos, muchos de ellos anónimos. Porque Félicette pudo ser una mosca,

una araña, un mono, un perro, un roedor. Porque Félicette pudo llamarse Albert, Baker, Ham, Dezik, Laika. O pudo llamarse Héctor, Castor o Pollox, nombres con que los humanos bautizaron a tres ratas que debieron ser las protagonistas de esta nota, pero de los que desafortunadamente poco más sabemos.

*Por todo ello esta gata, la primera y única gata astronauta, merece todo nuestro respecto y nuestra admiración. Y ojalá su viaje, como ella desea, permita que nunca más otros animales se conviertan en objeto de experimentación humana. Hasta que ese día se vuelva realidad, nunca olviden su nombre: **Félicette**.*

El ratón Pérez sintió un cosquilleo de orgullo en su panza, al ver sus palabras en letra impresa. Dobló el periódico con mucho cuidado, justo cuando Martina le avisó desde la cocina que la sopa estaba lista.

Al servir el primer cucharón tocaron a la puerta. El ratoncito y la cucarachita se miraron y alzaron los hombros al unísono. Muy a su pesar, pues el olor de la sopa prometía, el reportero fue a abrir.

Frente a él apareció un ratón de traje gris y bombín del mismo color. Pérez dio un salto de sorpresa. El recién llegado le extendió un sobre, levantó el bombín en señal de saludo y se retiró, dejando al ratón Pérez con la boca abierta.

El ratoncito negó con la cabeza, divertido.

—¡Ya sé, ya sé!... En un mercado agropecuario.

—¡Solavaya! —dijo Pérez, con una mueca de desprecio.

—¿En una panadería?

—Nop.

—¿En una relojería?

—Nop.

—¿Florería?

—Nop.

Cucarachita ya no sabía qué decir. Todavía intentó con cuantos oficios le vinieron a la cabeza, incluso los que antes hubiera descartado por más disparatados: barbero, cocinero, guía turístico, albañil, cartero, guardia de seguridad, jardinero, cuidador de bebés ratones, recolector, mayordomo, barrendero, hasta lazari- llo de algún ratón muy rico. A todo, Pérez respondió de la misma manera: «Nop, nop, nop»; con alguna que otra carcajada apenas contenida, o uno que otro teatral gesto de asco.

—¡¿Te rindes?! —bromeó el ratón sin reparar en que, junto al fogón, Martina parecía emitir más gases que la propia sopa que ya casi estaba a punto en la cazuela. Ella no dijo una pala- bra. —¡Reportero!... ¡Voy a ser reportero para la agencia RA- TPRESS!

El punto final de la frase fue el sonido del cucharón al caer sobre el piso.

Pasaron unos cuantos minutos antes de que Martina pudiera cerrar la boca. O siquiera mover la punta de una antena.

2

Hubiera esperado que le dijera cualquier cosa menos eso. ¡Re- portero! ¡¿Qué sabía su ratón de ese oficio?! ¿Acaso para eso no había que estudiar?... ¡Reportero! Si nunca había visto a Pérez interesado en las noticias, ¡y mucho menos leer la prensa! ¡Si es que nunca lo había visto leer! Es que si le hubiera dicho que

iba a trabajar como ratón de biblioteca le hubiera sorprendido menos: allí por lo menos tendría tiempo y silencio para dormir y callar. Pero, ¡reportero!

Había repetido más de mil veces esa palabra en su cabeza y mientras más lo hacía menos lógica le encontraba a todo aquello. Re-por-te-ro. Como las campanadas interminables de un reloj. «¡Y hablando de reloj!», gritó una voz en su cabecita de cucaracha.

—¡La sopa! —gritó, ahora sí con su voz, Martina.

Estaba sentada a la mesa, justo en el lugar donde poco antes (¿cuánto tiempo antes?) estaba Pérez. Martina miró en derredor, como si intentara reconocer aquella cocina, esa mesa, el vaso que sostenía en una de sus patas, el rostro peludo y de grandes ojos azorados que la miraban.

—La sopa —repitió.

—Ya la apagué, mi amor, no te preocupes —dijo el ratón Pérez con su voz más melosa.

Martina miró a su esposo una vez más, como si le costara descifrar lo que le había dicho. Lentamente, se paró y fue hasta el fogón. La olla despedía los últimos vapores del hervor. El olor de la cebolla llegó hasta Martina. Fue como si se hubiera descorrido una cortina en su cabeza. En menos de un segundo repasó todo lo que había sucedido desde que Pérez llegó con la noticia. Sintió como si, muy dentro de ella, un volcán amenazara con entrar en erupción. De espaldas a Pérez, respiró profundo, contó hasta diez e intentó hallarle el lado positivo al asunto.

Al menos, pensó, ya consiguió un trabajo. Tal vez lo de reportero no sea tan malo. En la televisión salen algunos que son famosos y parecen ganar muy buen salario. ¡¿Y si su ratoncito se hacía famoso?!

Este último pensamiento le provocó un leve salto de emoción en el estómago, pero no dejó que el optimismo la volviera a traicionar.

—Y se puede saber, querido mío —con toda la calma del mundo se volteó hacia Pérez—, ¿cuánto ganarás como reportero?

Pérez asintió. Como un autómatas fue hasta el cuarto. Se sentó sobre la cama y extendió sobre el colchón el diario de la Agencia. No había dudas. Allí, bajo las grandes letras del titular, junto a la foto de un ratón sonriente, estaba su nombre: *Ratón Pérez (reportero)*.

Félicette: nunca olviden este nombre

Por: Ratón Pérez (reportero)

Su nombre encabezó los titulares de la prensa francesa. Su rostro se multiplicó en fotos, estampillas y postales. Todos escucharon de ella. La aplaudieron. La llamaron “pionera”. “Heroína”. Pero a ella nunca le interesó la fama. Ella no buscó el estrellato. Ella nunca quiso convertirse en el primer y único gato en viajar al espacio. Si le hubieran dado a escoger, se hubiera quedado junto a su familia. Si le hubieran preguntado, quizás todavía le llamaríamos Margery.

Quienes la arrancaron una noche de las calles parisinas y la llevaron al Centre d’Enseignement et de Recherches de Médecine Aéronautique, no le dieron opción, no le preguntaron. Y Margery se olvidó bajo los neones de un nuevo nombre: Félicette.

¿Cuál fue su grandeza? ¿Qué la hizo emular con las estrellas de cine?

Los humanos hablarán de números:

- *Hacer un viaje suborbital de 13 minutos y alcanzar los 157 kilómetros de altura;*
- *experimentar cinco minutos de ingravidez, algo que muy pocos humanos podrán sentir en su vida;*
- *soportar fuerzas de hasta 9,5 g durante el ascenso; o lo que es lo mismo, experimentar la sensación de pesar cientos de veces más de lo que realmente pesaba;*
- *sobrevivir al vuelo.*

Y tal vez tengan razón. El nombre de Félicette quedará unido para siempre a estos datos. Y también al del Programa Espacial Francés, al de los co-

—¿Qué pasó, mi ratoncito? —Martina liberó un poco la presión de su abrazo.

—Creo que me quedé sin trabajo —dijo el ratón, con la cabeza gacha.

—¿De qué hablas, Pérez?

—Que no pude cumplir con mi tarea, y seguro nunca más podré pisar la agencia RATPRESS —dijo él, con un hilo de voz.

—¡Qué boberías son esas, mi ratoncito! —replicó Martina y se echó a reír— ¡Cómo te gusta bromear! ¿Entonces por qué publicaron tu trabajo en primera plana?

La cucarachita le mostró al ratón aquello que había estado sosteniendo en una de sus patas. Era la edición del día anterior del diario de la agencia RATPRESS. El reportero miró, con los ojos muy abiertos y la mandíbula caída, el manojito de hojas impresas. En la cubierta del diario vio una foto suya bajo unas grandes letras negras.

—¡Vamos, vamos, que nos esperan! —dijo Martina, y empujó al ratoncito, que miraba el periódico como si se preguntara qué era aquello que ahora sostenía entre sus patas.

—Bienvenido, señor Pérez.

Escuchó decir. Cuando alzó la vista vio a un sapo uniformado que le abría la puerta trasera de un elegante Rolls Royce. Sin poder dar crédito a todo lo que sucedía, apresuró un «Gracias» y se dejó empujar por Martina dentro del auto.

Su esposa no paró de hablar en todo el recorrido, pero el ratoncito Pérez no escuchó nada de lo que dijo. Miraba su foto en la cubierta del periódico y se preguntaba si en realidad era él. Si no se habrían equivocado. Cuando volvió en sí, estaba sentado frente a la mesa del comedor. Martina trajinaba por toda la cocina, sin dejar de hablar.

—¿Qué haces? —preguntó Pérez.

—Qué crees, mi *ratoncín famosín* —canturreó Martina—. Para el mejor reportero del mundo, la mejor sopa de cebolla del mundo. Anda, aprovecha y date un baño. Te aviso en cuanto esté lista.

El ratón miro a su esposa, le dedicó una tímida sonrisa y comenzó a jugar con su cola.

No hizo falta más: «Mejor te vas olvidando del maquillaje», dijo otra vez la voz en la cabeza de la cucarachita.

Martina suspiró. Con las antenas caídas, fue hasta el aparador y tomó dos pozuelos. A fin de cuentas, ya la sopa estaba hecha; ahora había que tomársela.

3

RATPRESS estaba ubicada en el último piso, del último edificio, de la última cuadra de la calle donde vivían el ratón Pérez y la cucarachita Martina. La Agencia parecía haberse construido alrededor del gran Salón de Reuniones donde, dos veces a la semana, se definían los temas a tratar. A ambos lados del salón, y separados de este por estrechos pasillos, estaban las oficinas de los reporteros y el local de los teletipos. En la confluencia de los pasillos (frente por frente a la entrada del Salón de Reuniones) la oficina del Jefe de Redacción: una gran rata panzona, de ojillos muy rojos y redondos, y unos bigotes que casi caían hasta el piso.

El trajín era constante. Decenas de ratas y ratones iban y venían con papeles, plumas, lápices. Se llamaban a gritos de una oficina a otra y golpeaban las puertas tras de sí. El timbre de los teléfonos, el golpeteo de las teclas de teletipos y máquinas de escribir eran constantes. Y sobre todo ese ruido se imponía el vozarrón del Jefe de Redacción.

Con esas palabras, más o menos, Pérez le describió a Martina su primer día en la Agencia. También el segundo. Y el tercero. Así durante las dos primeras semanas. Cada vez que llegaba del trabajo, totalmente exhausto, Martina lo esperaba con sus pan-tuflas en las patas y una pregunta: «¿Cómo te fue hoy?» Él describía siempre la misma escena. A veces agregaba algún nuevo nombre, una conversación o un chiste de oficina.

Una noche, la pregunta cambió.

—¿Y cuándo podré ver alguno de tus reportajes?

Pérez casi se ahoga con la cucharada de sopa. Cuando terminó de toser, tenía la cara muy roja y un fideo en la punta del hocico. Desde el otro extremo de la mesa Martina lo observaba, inmutable.

Pérez tomó tres cucharadas más de la sopa para ganar tiempo. Luego, intentando sonar lo más natural posible, le dijo:

—Muy pronto, mi cucarachita... —y como viera sacudirse una de las antenas de su esposa, señal bien conocida de que no había quedado satisfecha con la respuesta, aventuró con un hilito de voz—; el Jefe de Redacción dijo que, de seguir así con mi trabajo, esta semana me daría mi primer reportaje...

Luego hundió la vista en la sopa y no dijo nada más durante la cena.

Esa noche apenas pudo dormir. Por más vueltas que le daba al asunto, no hallaba la mejor manera de decirle la verdad a Martina. Y esa verdad era que su ratón Pérez no trabajaba como reportero, sino que era un simple e insignificante RE-CA-DE-RO.

4

Cuando se percató de la confusión ya era demasiado tarde. Para bien o para mal, Martina se había adaptado a la idea; y consideró que hubiera sido peor decirle: “Mi amor, me equivoqué. En la Agencia no buscaban un reportero, sino un recadero; y como considero que ese no es el trabajo que merezco, mejor lo dejo”. Tan solo de pensar en la reacción de su cucarachita, se le erizaban todos los pelos del cuerpo. ¡Había que conformarse!

En realidad, pensaba, podría haber sido peor. Al menos, la agencia RATPRESS no quedaba lejos de casa y por tanto no tenía que levantarse tan temprano. Y el trabajo... bueno, el trabajo no era gran cosa. Él era, técnicamente, el correveidile o correveitraeme de todos; un mueble más con el que se tropezaba y se

mañana del tercer día dio por terminado el trabajo. Lo relejó una y otra vez hasta sentirse satisfecho. Solo le preocupaba algo: no era exactamente lo que le había pedido el Jefe de Redacción.

Antes de que la preocupación se convirtiera en duda, la duda en temor, el temor en un freno, el reportero corrió hasta la sala de telegrafista del barco. «Para la agencia RATPRESS —dijo—, ¡es urgente!». Y entregó las cuartillas escritas.

8

Fueron tres días de incertidumbre. El ratón Pérez pasaba cada hora por frente a la puerta del telegrafista, pero este siempre le daba la misma respuesta. Nada. Ni un mensaje de la agencia RATPRESS. «Eso no es bueno», se decía Pérez; y regresaba a su camarote, sin ánimos para otra cosa que tumbarse sobre la cama.

Finalmente, la sirena del SS France anunció la llegada a puerto. El ratoncito caminó hasta la escalerilla de desembarque como si se dirigiera al cadalso. Estaba seguro de que había echado por la borda su futuro en la Agencia. Pero su mayor preocupación era cómo se lo tomaría Martina. Qué pensaría de él. Y lo peor, si alguna vez sería merecedor de una de sus deliciosas sopas de cebolla.

En cuanto puso un pie en el primer escalón, la vio. La cucarachita le saludaba desde el muelle, agitando cuatro de sus patas. En una de ellas sostenía algo que el ratón Pérez no supo identificar. Sin esperar a que terminara de acomodarse en tierra, Martina corrió a abrazarlo.

—¡Aaaaay, mi ratoncito! ¡Qué orgullosa estoy de ti! —le dijo y «¡Muuuuuuuuua!», le plantó en la mejilla un sonoro beso.

El ratón Pérez sonrió con timidez, mientras intentaba zafarse de los brazos de su esposa.

—Martina, Martinita —le dijo, sin poder evitar los besos que la cucarachita le repartía por toda la cara—, te tengo una mala noticia.

iluminó el rostro como la luz de un faro. Si alguien podía indicarle cuál era la mejor manera de contar una historia, era esa vieja rata marinera.

Convencido de haber hallado la solución a sus problemas, se abalanzó fuera del camarote.

Recorrió todo el barco en busca de su amigo. De popa a proa, de babor a estribor, desde la cubierta hasta las salas de máquinas, preguntó a cada ser vivo con el que se tropezó. Pero nadie conocía a Igor. Ni siquiera los más viejos marineros habían escuchado de él. Regresó al camarote con el corazón oprimido y las patas inflamadas de tanto andar.

Se dejó caer sobre la cama. «¡Ya está! —dijo—. Hasta aquí llegó mi sueño de ser un reportero. De ninguna manera lograré escribir ese resumen. No sin Igor. El papel en blanco ha resultado un muro infranqueable». Cerró los ojos, dispuesto a abandonarse al sueño, con la esperanza de que al despertar todo no hubiera sido más que una pesadilla.

Hasta él llegaban los ruidos apagados del barco: el golpe de las olas contra el casco, el alarido lejano de la sirena, el ronroneo de las turbinas de vapor. El ronroneo... el ronroneo... el ronroneo de Félicette... de Félicette... ¡Félicette! El reportero se incorporó en un salto, y en otro se sentó frente al escritorio. Tomó la estilográfica y justo debajo de la mancha de tinta escribió: *El obstáculo es el camino*. Leyó la frase en silencio dos o tres veces, como si quisiera exprimirla cada pizca de significado. No hizo falta más; ya había encontrado su camino. No estaba Igor, era cierto, pero estaba el recuerdo de sus historias, de su singular manera de contarlas. Entonces, solo le bastó con preguntarse: «¿Cómo la contaría Igor?».

Pérez tomó el papel donde había escrito la frase, y la pegó sobre la pared que tenía enfrente. Luego sacó otra hoja en blanco y comenzó a escribir.

Y escribió y tachó y escribió y corrigió y escribió, durante dos días seguidos. Solo se detenía el tiempo justo para ordenar y comer una ración doble de *soupé à l'oignon gratinée*. En la

maldecía; un «¡oye tú!» con el que se podía mandar a buscar un café, unas rosquillas, una caja llena de papeles que llegaban al techo. En verdad, ¡agotador! Pero, ¿qué podía hacer? Era eso u olvidarse de por vida de las deliciosas sopas de cebolla que hacía su Martina.

Los primeros días fueron los más difíciles. Mil veces recorría los pasillos de la Agencia. Entraba y salía de las oficinas, bajaba y subía por las alcantarillas del edificio, solo para cumplir con cuanto pedido se le ocurriera a cada una de las ratas y ratones de la Agencia. Y todos parecían haberse puesto de acuerdo para rendirlo del cansancio.

Sin embargo, después de la primera semana notó que cada vez le costaba menos cumplir con sus tareas. Poco a poco había aprendido los gustos y manías de sus compañeros de trabajo, los mecanismos internos que ponían en movimiento a RATPRESS. De este modo, creó sus propias rutinas. Cuando aquel nada más decía «ca...» ya Pérez tenía su taza de café en la mano; o aquel otro estiraba distraído una pata y encontraba la rosquilla que todavía no había pedido; o el Jefe de Redacción asomaba el hocico por la puerta de su oficina y se tropezaba con que ese ratoncito, cuyo nombre ni siquiera recordaba haber aprendido, le traía los papeles que un segundo antes estaba dispuesto a reclamar a gritos.

Había logrado tal eficiencia, que algunas tardes podía dormir una siesta en el pequeño local que le asignaron en el extremo opuesto a la oficina del Jefe de Redacción, justo al otro lado del Salón de Reuniones. En esos pocos momentos de tranquilidad, incluso, había llegado a pensar «¡Esto sí es un trabajo!», antes de caer dormido entre escobas, colchas y pomos de detergentes.

«Entonces viene Martina y se le ocurre preguntarme “¿Cuándo podré ver alguno de tus reportajes?”», refunfuñaba Pérez por los pasillos. Todo el día había sido igual; andaba como un zombi, rumiando su preocupación y desatendiendo, como nunca antes, sus deberes. Entonces regresaron los gritos por el café, por la tinta que se había acabado o el agua que hacía falta secar junto

al bebedero. De pronto, sobre todos ellos, rugió la voz del Jefe de Redacción:

—¡Dónde está ese maldito ratón recadero!

A duras penas terminó esa jornada. La rata panzona le había dedicado una terrible reprimenda. Pérez la escuchó en silencio. Con la mirada hundida en el piso, pensaba que aquello no era nada comparado con lo que haría Martina si se enteraba que la había engañado.

El regreso a casa se le hizo eterno. La imagen de su cucarachita parada en el medio de la sala, con las pantuflas preparadas para él, no se le mostraba hoy como la escena más romántica del mundo; sino como el anuncio de una gran calamidad. Cuando entró a la casa, estaba convencido de que esa noche tomaría la última sopa de cebolla de su vida.

Sin embargo, el destino, o comoquiera que se llame, tenía otros planes para él. A fin de cuentas, todos sabemos que no sería precisamente esa la última sopa en la vida del ratón Pérez.

5

La única silla vacía era la del Jefe de Redacción. Las otras, unas veinte alrededor de la enorme mesa, las ocupaban ratas y ratones de todos los tamaños y colores. En el Salón de Reuniones reinaba un alegre caos. Unos conversaban a gritos desde extremos opuestos de la mesa; otro reía a carcajadas de algún chiste que le acababan de contar; un tercero se dedicaba a bombardear a sus colegas con pequeñas peloticas de papel. Desde un rincón, oculto tras una planta artificial, Pérez observaba todo con ojos muy abiertos y brillantes. Su pequeño cuerpo de ratón era puro temblor, una mezcla de fascinación y temor a ser sorprendido. No se suponía que él estuviera allí. Pero ese lugar, aquel ambiente, se había convertido en su momento favorito de la semana desde que, por primera vez y de manera accidental, quedara atrapado en el salón durante una de las reuniones.

La sirena del SS France anunció la partida inminente. El reportero Pérez había subido a bordo en el último segundo. Por un instante pensó que no lo lograría. Abandonar el tren casi les había tomado más tiempo que el propio viaje desde París. Para cuando alcanzaron el auto que los llevaría hasta el puerto, quedaban unos pocos minutos para el abordaje. Pero el chofer pisó el acelerador y logró detener el tiempo. Al menos eso le pareció al ratoncito, que hizo todo el recorrido por la autopista con el estómago a punto de salirse por la boca. Al entregar el pase de abordaje, aún no lograba recuperarse.

Una ligera sacudida le indicó que el barco partía. Fue entonces que se percató de que estaba solo. Miró hacia el muelle y allí estaba el ratón de traje gris y bombín del mismo color, parado junto al auto. Aunque tenía el presentimiento de que lo volvería a ver, el reportero Pérez levantó la mano en señal de despedida. El otro alzó el bombín como respuesta.

Unos minutos después ya se había acomodado en su camarote. Entonces se sentó frente al pequeño escritorio de la habitación; sacó una hoja en blanco, abrió la estilográfica con el emblema de la Agencia y, sin ánimos de perder un segundo más, se dispuso a escribir el resumen para el Jefe de Redacción. «¡Vamos, Pérez, puedes hacerlo!», se dijo, y puso la punta de la estilográfica sobre el papel.

Dos horas después, lo único que había en el papel era una gran mancha de tinta. ¡Ni una palabra! El ratoncito la miró, como hipnotizado. «¡No es posible! —pensó—, ¿cuán difícil puede ser?». El borrón de tinta no necesitó hablar para responderle.

El reportero se paró y comenzó a dar vueltas por el camarote, con las manos cruzadas a la espalda. Una, dos, tres veces. Vueltas y más vueltas, pero no le vino ni una idea a la cabeza. Si tan solo tuviera esa capacidad innata de contar historias, como Igor... «¡Igor!», gritó el ratoncito. El recuerdo de su amigo le

día roes un queso junto a tu familia, y poco después te conviertes en una rata de laboratorio y pasas a llamarte Héctor, Castor o Pollox y es cuanto queda de ti. Hasta que un día una Agencia de noticias envía a un ratón a contar sus historias. Un ratón para el que, hasta no hacía mucho, lo más importante del mundo era dormir, callar y probar la sopa de cebolla de su esposa Martina.

«Sí, ¡cómo cambia la vida!», dijo el ratón Pérez antes de dormirse.

Esta vez no precisó de una llamada telefónica de la recepción. Cuando el ratón de traje gris y bombín del mismo color se bajaba del automóvil se encontró al ratoncito Pérez en la acera. El reportero lo saludó con un «¡Hola!» y, sin deleitarse en la expresión de asombro en el rostro del ratón de bombín, se subió al coche.

El viaje hasta la terminal le pareció mucho más breve que la vez anterior. Una hora después, compartían un vagón. El ratón de traje gris y bombín del mismo color abrió un periódico y se ocultó tras él, como quien corre una cortina o cierra una puerta para no ser molestado. Pero esta vez el reportero Pérez tenía muchas cosas en la cabeza como para irritarse por esto.

El Jefe de Redacción esperaba un resumen del reportaje. ¡Lo antes posible!, se había asegurado de aclarar. Pero, ¿qué le diría?: «Se confirmó que tres ratas participaron del Programa Espacial Francés. Se supone que fueron enviadas al espacio. Ninguna sobrevivió, por tanto, imposible entrevistarlas. La testigo clave, *Madame Félicette*, no conoció directamente a las *ratanautas*». Era todo cuanto se le ocurría. Eso y una carta de renuncia como reportero de la agencia RATPRESS era lo mismo.

Su cerebro trabajaba a todo ritmo. Era como si los crujidos del vagón, el chirrido de las ruedas contra los raíles, el pitido de la máquina de vapor, en realidad, provinieran de su propia maquinaria neuronal. Esta ocurrencia le robó una sonrisa al reportero. Respiró profundo y se arrellanó en el asiento, decidido a posponer su preocupación. El rítmico zarandeo del tren le sirvió de arrullo para conciliar el sueño.

Eso fue apenas al segundo día de comenzar en RATPRESS. Tras dejar en sus respectivos lugares de la mesa el termo con café, las tazas y las carpetas de trabajo, Pérez se dispuso a salir del salón antes de que llegaran todos. Pero a unos pasos de la puerta, esta se abrió. Un bullicioso mar de ratones irrumpió en la habitación, sin reparar en el cuerpecillo tembloroso que había quedado como petrificado detrás de la puerta entreabierta. Sin otra mejor idea, Pérez se escurrió como una sombra detrás de la única planta que había en el salón.

Allí permaneció durante toda la reunión; primero agazapado, trémulo, con miedo a ser delatado por los latidos de su corazón. Después, presa de la curiosidad, embrujado por las conversaciones, las risas, incluso la voz atronadora del Jefe de Redacción, asomaba la punta del hocico por entre las hojas de la planta que le servía de refugio, con tal de no perder ni un ápice de lo que allí se hablaba. Cuando acabó la reunión y todos abandonaron la habitación, Pérez salió de su escondite. El lugar parecía un campo después de la batalla: las sillas fuera de lugar, papeles por el piso, tazas sucias, manchas de café sobre la mesa; pero el ratoncito no parecía reparar en todo el trabajo que ello representaba para él. Los ojos le brillaban como si tuvieran luz propia. La boca, entreabierta, parecía haber quedado a medio camino de una sonrisa. En su pecho, el corazón comenzó otra vez su danza agitada, solo que ahora no era por el miedo.

Desde ese día, cada vez que había reunión, Pérez llegaba bien temprano. Colocaba el termo con café, las tazas y las carpetas de trabajo y corría a esconderse en su esquina, con la curiosidad ya instalada en cada centímetro de su cuerpo. Hoy no había sido la excepción.

Desde su rincón se dejó embriagar de ese ambiente jovial mientras se preguntaba cómo sería ser uno de ellos. No tuvo tiempo a responderse pues la puerta del salón se abrió y apareció la enorme panza del Jefe de Redacción. Como impulsados por un resorte común, todos los presentes se pusieron de pie y

guardaron silencio. La rata ordenó sentarse. Pérez ya conocía el ritual, pero no por ello dejaba de sentirse sobrecogido.

—Esto es rápido —dijo la rata sin más preámbulo. Dejó caer sobre la mesa la única carpeta que traía entre las patas y se tumbó sobre la silla, que protestó con un crujido metálico. —No voy a dar mayores explicaciones. Todos saben de qué se trata. Hace semanas que le venimos dando de largo a este caso y hasta ahora he sido paciente; pero hoy tenemos que tomar una decisión. ¡O es que acaso no son ustedes los mejores reporteros de la Agencia!

Silencio, total y absoluto, como nunca pensó el ratón Pérez que pudiera existir en aquella habitación. Hasta su corazón parecía latir entre algodones. En la mesa, los aludidos («¡sin duda los mejores reporteros de la Agencia!», pensó Pérez), mantenían las cabezas inclinadas, y solo se les adivinaba la vida en la agitación de sus bigotes.

—Y bien —rugió el Jefe de Redacción—, ¿quién hará el reportaje?

Nada. Ni un murmullo.

Los pelos del lomo de la rata se erizaron cual púas de puercoespín. Lucía mucho más grande sobre la diminuta silla. Sus ojos ya no tenían el tono rojizo habitual, sino un rojo intenso, como si toda la sangre del cuerpo se le hubiera acumulado allí. Parecía un globo a punto de explotar; cuando se escuchó:

—¡Yo lo haré!

Todas las cabezas voltearon al unísono. En su rincón, Pérez se estremeció al sentirse observado por un gran ojo de múltiples pupilas. Solo entonces fue consciente de que fue él quien había hablado.

6

La barriga del Jefe de Redacción ocupaba todo el Salón de Reuniones. Al menos así le pareció al ratón Pérez. Siempre se había

—*Madame*, disculpe —dijo—. Si en definitiva lograra escribir el reportaje, cómo debo citarla, como Félicette o por su nombre real, Margery.

—Margery murió en el CERMA, *Monsieur* Pérez. Soy Félicette. Ahora y siempre. La gata que viajó al espacio.

El taxi se sacudió y echó a andar. El ratoncito quedó envuelto en una pequeña nube de humo.

Junto a la carpeta del hotel lo esperaba el ratón de traje gris y bombín del mismo color. El reportero Pérez notó que no le sorprendió verlo, y hasta lo saludó con cierta complacencia. El de traje gris respondió levantando el bombín del mismo color. Luego le extendió un sobre, alzó otra vez el bombín gris y se retiró rumbó a la puerta de salida.

El reportero esperó a llegar al cuarto para abrir el sobre. Sacó una tarjeta y leyó:

*Terminal Gare Saint-Lazare, a las 20 horas
locales.*

*Se adjuntan billete para el tren de las 21 horas y
pase a bordo para el SS France, a las 07 horas
locales, en el puerto Le Havre.*

*La Agencia RATPRESS le desea un feliz viaje de
regreso.*

P.D. El Jefe de Redacción recomienda

*ENCARECIDAMENTE que se le haga llegar un
resumen del reportaje LO ANTES POSIBLE.*

¡Buena suerte!

El ratón Pérez tiró a un lado la tarjeta. Tomó el billete del tren y el pase de a bordo y los colocó sobre la mesita de noche. Miró el reloj. Aún le quedaban algunas horas antes de abordar el tren. Se preguntó si por fin visitaría la famosa Torre Eiffel, pero comprendió que ya eso no era importante.

Se dejó caer sobre la cama y pensó en cuán rápido puede cambiar una vida. Un día caminas por las calles de París, y poco después flotas en una cápsula, a cientos de kilómetros de altura. Un

el trayecto. Miss Blanca y el ratoncito Pérez se limitaron a escuchar, excepto una o dos veces en las que el reportero interrumpió para aclarar algún detalle de la narración.

Luego se hizo un silencio entre los tres, como si esperaran que las palabras acabaran de posarse sobre el pavimento. Finalmente, se abrió la puerta junto al ratoncito, y esto pareció desenredar el nudo que mantenía atada la conversación.

—Esta es mi historia, *Monsieur Pérez* —dijo la gata—. Sé que no era lo que esperaba de este viaje, pero ojalá le ayude a su investigación sobre las ratas astronautas.

—Sí, quizás... —dijo el ratón Pérez, con la cabeza gacha.

—¿Pasa algo, *monsieur*? —preguntó la gata.

—Es que me pregunto si realmente valió la pena —dijo el reportero, y miró fijamente a la gata, con grandes ojos rutilantes—. Es decir, ¿por qué tuvieron que morir Héctor, Castor y Pollox? ¿Por qué tuvo usted que pasar por toda esa tortura? ¿Por qué tiene que llevar esa cicatriz en su cabeza?

—Permítame mostrarle otra perspectiva, *mon ami* —dijo la gata, ronroneando—. La muerte de esas ratas no fue en vano. Gracias a ellas, hoy estoy aquí y puedo contarles esta historia. Lo que aprendieron los humanos con ellas les permitió hacer que mi viaje fuera más seguro. De igual forma, quiero creer que todo lo que sufrí para viajar al espacio servirá para que otros animales puedan vivir la experiencia de manera menos traumática. O mejor, que los humanos hayan aprendido lo suficiente como para que nunca más ni ratas, ni ratones, ni gatos, ni perros, ni chimpancés tengan que ser enviados a donde nunca pidieron ir.

El reportero Pérez asintió en silencio. Luego se bajó del taxi. Ya en la acera se volteó hacia sus acompañantes.

—Miss Blanca. *Madame*. Ha sido un verdadero placer conocerlas —dijo el ratoncito.

—El placer ha sido nuestro —dijo Miss Blanca, mientras la gata asentía a sus espaldas.

El taxi encendió el motor y el reportero dijo adiós con una pata alzada; pero de inmediato se abalanzó sobre la ventanilla.

sentido minúsculo junto a la inmensa rata, pero ahora, sentado frente a él, con las patas colgando a unos centímetros del piso, era menos que un grano de polen.

Se habían quedado solos en la habitación. Después de aquel «Yo lo haré», todo había sucedido a gran velocidad. Al asombro inicial siguió una explosión de rumores, sonrisas y miradas entre desconfiadas y burlonas que solo se aplacó cuando el Jefe de Redacción hizo tronar su vozarrón:

—¡Déjenos solos!

Como si solo esperaran esa orden, todos se atropellaron hacia la salida. Al pasar junto al ratón Pérez algunos evitaron mirarlo; otros no ocultaron una mueca bien de burla, escepticismo o reproche. Unos pocos, en cambio, le dispensaron unas palmaditas en la espalda, a la vez que mascullaban unas palabras ininteligibles, acogidas por Pérez como deseos de buena suerte; aunque también podrían haber sido un «pobrecito, no sabe en lo que se ha metido».

Y realmente no sabía. Su cabeza era un torbellino de ideas que, cual mariposas, aleteaban y aleteaban sin posarse jamás. Entre esas mariposas se escurrió la pregunta:

—¿Estás seguro?

A Pérez le tomó unos segundos reconocer la voz del Jefe de Redacción, y otro más en percatarse que le hablaba a él. Advirtió que muy dentro de su cerebro comenzaba a formarse un «No, no estoy seguro. Le pido me disculpe. No fue mi intención interrumpirlo...», o algo por el estilo, por lo que se apresuró en decir:

—Sí, totalmente seguro. —Y se empeñó en que no se notara que era un puro temblor.

El Jefe de Redacción lo miró en silencio durante unos minutos que a Pérez se le hicieron eternos. Luego tomó en sus patas la carpeta, la observó como si dudara una última vez y se la extendió al ratoncito.

—Ahí tienes todo lo que necesitas saber. Cualquier duda la ves con mi secretaria. Pasa luego por Personal para que recojas tu credencial y los pasajes. Sales mañana rumbo a París.

Dicho esto, la rata se incorporó de la silla y fue hasta la puerta del Salón de Reuniones. Ya en el umbral, se volteó y dejó escuchar su vozarrón:

—¡No lo echas a perder, Pérez! —Y salió dando un portazo.

El ratón Pérez no se dio por aludido. Sostenía la carpeta contra su pecho, y en los ojillos se reflejaba un mundo que no cabía en el salón. «París», dijo la vocecilla en su cabeza. «París», murmuró.

—¡París! —gritó, y dio un salto sobre la silla—. ¡París, iré a París! —Saltó sobre la mesa de reuniones, sin importarle que alguien pudiera entrar, llamado por sus gritos, y lo sorprendiera en su algarabía. A fin de cuentas, ya era oficialmente un reportero.

7

Cuando salió de la Oficina de Personal, la Agencia lucía diferente ante los ojos del ratón Pérez. Más que caminar, parecía flotar por los pasillos. Era como si los pasajes que llevaba entre las manos le hubieran dado la capacidad de volar y solo el peso del chaleco, en cuya espalda se leía REPORTERO/ AGENCIA RATPRESS, le impidiera alzar el vuelo.

Pérez advirtió que doquiera que pasaba decenas de ojos se posaban sobre él. La pequeña vena de orgullo que todos llevamos dentro comenzó a latirle con fuerza. «Esas miradas —se dijo— solo pueden ser de admiración o envidia». Al doblar una esquina, tropezó con dos ratones que conversaban frente a la máquina de café.

—¡Lo siento... —inició una disculpa y, al identificar a uno de los más renombrados reporteros de la Agencia, agregó, con gesto altanero—: colega!

—¿Colega?, ¿acaso este no era el...? —extrañado, preguntó el aludido a su acompañante. Este, con una media sonrisa, se le acercó al oído y le dijo algo en voz baja. El ratón reportero se volvió hacia Pérez. Mostró unos dientes de un blanco relumbrante,

—Una vez seleccionada —respondió la gata—, me trasladaron al Centro de Ensayos de Ingeniería Espacial, en Hammaguir, en medio del desierto de Argelia. Desde allí partieron todos los cohetes que enviaron al espacio, incluidos aquellos en los que viajaron cada una de las ratas. Pero... —la gata se bajó de un salto de su silla y luego se estiró cuan larga era—, de esa etapa del viaje les contaré más en el camino. Un taxi nos espera.

Miss Blanca asintió y se bajó de su silla. El reportero Pérez, por su parte, quedó pensativo en su lugar.

—*Monsieur*? —le llamó la ratoncita.

—*Madame* Félicette —dijo Pérez, como si recién despertara de un letargo—, ¿puedo preguntarle algo?

La gata se volteó desde la puerta.

—¿Acaso sabe cómo se llamaban esas ratas? —preguntó el reportero.

—Si es tan importante para usted, *monsieur*. Les llamaban Héctor, Castor y Pollox. Pero quién sabe si en realidad eran sus nombres.

—¿Por qué dice eso, *madame*? —preguntó Miss Blanca.

—Para los humanos no teníamos nombres; éramos “sujeto de experimentación” y un número. Solo nos nombraban una vez que éramos seleccionados para ser enviados al espacio. Supongo que sucedió igual con las ratas.

—Entonces, ¿Félicette...? —dijo el ratón Pérez, con los ojos muy abiertos.

—Es el nombre con el que me bautizaron los humanos —interrumpió la gata—. Mi verdadero nombre es Margery.

6

Cuando se detuvo frente al Grand Hôtel du Havre, aún hacía eco en el interior del taxi la historia del viaje de Félicette al espacio. Prácticamente había sido un monólogo de la gata durante todo

Entonces recordé algo que mi madre me dijo en alguna ocasión: el obstáculo es el camino.

—¿Qué significa eso? —preguntó Miss Blanca.

—¡Ah, *ma cherrié*! No podemos controlar todo lo que nos sucede en la vida. Y resistirse a aquello que no podemos controlar, solo lleva al dolor. Sí, resultaba incómodo estar encerrada en una caja casi todo el día. Sí, las pruebas por las que nos hicieron pasar fueron difíciles, molestas, aterradoras por momentos. Pero varios días después ya te habías acostumbrado al poco espacio; y las pruebas ya no resultaban tan horribles, y notabas que te resultaba más fácil vencerlas. Y aprendías a entender a los humanos, a saber qué esperaban de ti en cada momento. Y si lo hacías bien, entonces te recompensaban, incluso te dejaban estar fuera de la caja durante períodos de tiempo cada vez más largos. Aceptar y aprender. Convertir las dificultades en oportunidades de superación. Hacer del obstáculo el camino. Ese fue el secreto, *Monsieur Pérez*, para soportar todo. La alternativa no demostró ser mejor. Los gatos que no supieron adaptarse...

La gata bajó la vista y guardó silencio. Miss Blanca y el ratón Pérez la imitaron.

En medio de la pausa, apareció otra vez la misteriosa manga negra rematada en un guante blanco y colocó un trozo de papel delante de la gata. Esta lo miró y puso una pata sobre él.

—Lo cierto es, *mes amis* —dijo la gata—, que recordar el consejo de mi madre me salvó, y puede que haya contribuido a que fuera yo la escogida para viajar al espacio.

Como si pusiera un punto y aparte en la historia, la gata levantó la pata del papel. La manga negra rematada en un guante blanco se apresuró a llevarlo hacia las penumbras, no sin que antes Pérez notara la huella estampada sobre el blanco de la hoja. Entonces recordó la postal que acompañaba al expediente de la gata y una pregunta se iluminó en el centro de su cerebro:

—Pero todo esto que nos contó ocurrió aquí, en París. ¿Qué tiene qué ver con las ratas y el desierto argelino? —dijo Pérez.

y le dijo: —Así que fue a ti a quien asignaron el reportaje del CERMA. Uhmm, ¡pues felicidades, colega! —Le extendió la pata a Pérez. Cuando este la fue a estrechar, el reportero la retiró y se rascó la cabeza con expresión pensativa—. Bueno, bueno, bueno... ¿Quién lo hubiera dicho? A lo que no se atrevió ninguno de los más valientes reporteros, lo hará este pequeño ratoncito de cafetería. Supongo que la vida premia a los valientes —dijo a su acompañante, y le dieron la espalda al ratón Pérez. No habían avanzado dos pasos, cuando el reportero se volteó—. Ah, suerte con la gata.

—¿Gata? ¿Qué gata? —preguntó Pérez.

El reportero, que ya había retomado el camino, volvió sobre sus pasos.

—No me dirás, colega, que no has leído el contenido de la carpeta.

—Sí...sí, claro que lo leí... Solo, solo bromeaba, colega.

El corazón de Pérez le golpeaba el pecho como si le dijera «vámonos de aquí, qué esperas, es el momento de huir». Pero no se movió de su lugar. El ratón reportero sonrió. Había un brillo de malicia en sus ojos. Luego dio la espalda al ratón Pérez y le dijo, sin mirarlo:

—Ya se acabó el café en esa máquina; creo que deberías colar un poco más.

Y se fue, conversando animadamente con el otro ratón.

Como un autómatas, Pérez tomó la cafetera y caminó cabizbajo por los pasillos de la Agencia. Otra vez sentía cómo decenas de ojos se posaban sobre él, pero ya no era admiración o envidia lo que le transmitían. Todos parecían decirle con sus miradas: «Suerte con la gata».

Cuando se vio otra vez entre escobas, colchas y pomos de detergentes, cerró la puerta tras de sí. La voz del reportero le había acompañado todo el camino hasta su pequeño local de sies-tas. «No me dirás que no has leído el contenido de la carpeta». «Suerte con la gata».

Dejó a un lado la cafetera, se sentó sobre un cubo y abrió la carpeta. Desde la esquina superior derecha de la cartulina lo miraron los temibles ojos de una gata. Pérez sintió que su corazón se detuvo y cayó como una piedra en su estómago. Su instinto lo impulsaba a dejar todo a un lado y echarse a correr hasta encontrar refugio en los dulces brazos de su cucarachita. Sin embargo, logró sobreponerse a ese miedo ancestral que habita en los ratones de su tipo, y observó con más detenimiento la fotografía.

Sostenida por una presilla, no era mucho mayor que una postal. En ella se veía el primer plano del rostro de una gata. El pelaje de su cuello era blanco y ascendía por sus bigotes y se adentraba entre los ojos. Estos quedaban, entonces, perfilados en un pelaje negro, como si llevara una máscara que le cubría hasta las orejas. Allí donde nacía el pelo negro, Pérez notó algo extraño, que no supo distinguir qué era. Al pie de la foto, y bajo la huella de una pata de gato, aparecía un nombre: Félicette.

Pensó que le gustaba el nombre. Como si hubiera cometido un error imperdonable, sacudió la cabeza para borrar ese pensamiento. Luego, cubrió con una de sus patas los ojos de Félicette y se dispuso a leer el resto del expediente, en el que también había algunos recortes de periódicos humanos. Tuvo que hacerlo tres veces, porque a mitad de cada frase, una pregunta le asaltaba: ¿cómo lo tomaría Martina cuando le contara?

8

Martina lo tomó bastante bien. Tres gritos, dos desmayos y varios calmantes más tarde, parecía haber asimilado la noticia. Sentada en su mecedora, tomaba el tercer vaso con agua azucarada de la tarde. A su lado, Pérez permanecía de pie. La observaba expectante, alerta ante la posibilidad de nuevos ataques.

Había llegado a la casa poco después del mediodía, directamente desde la Agencia. Al verlo parado en el umbral de la puerta, tan temprano, Martina dejó de barrer.

bir en sus papeles. La primera noche que experimenté todo esto que les cuento, quise saber si los otros gatos habían pasado por lo mismo. Detalles más, detalles menos, unos me confirmaron que sí. A otros los traicionó el llanto. A unos cuantos solo me bastó echarles una mirada: era como si ya no quedara nada del gato que fueron y solo fuera un cascarón vacío, sin alma. Temí que me pudiera pasar lo mismo. Por suerte no fue así, a pesar de vivir esa experiencia quién sabe cuántas veces. La primera vez que logré resistir todo el malestar sin desmayarme, sentí que había logrado algo importante. Y tal vez los humanos pensaron igual, pues esa noche no dormí junto a los otros gatos. Pensé que eso era una buena señal. Quizás había aprobado algún examen y eso significaría que todo había terminado. Pero no fue así. Al día siguiente desperté con un fuerte dolor de cabeza. Ante mis quejas, uno de los humanos vestido de blanco me sacó de la caja y me colocó sobre una mesa de metal. Allí, en el pálido reflejo del metal bruñido, noté que algo sobresalía de mi frente. Enseguida sentí un pinchazo. Poco a poco la habitación se fue borrando hasta convertirse en una masa oscura. Al volver en mí, estaba junto a otros gatos. Todos en sus cajas. Todos con unos cables que salían de sus frentes como ramas de un árbol. En sus miradas comprendí que de mi frente también nacían cables similares.

La gata guardó silencio. Se lamió una pata y, como al descuido, la pasó una y otra vez por la cicatriz, ante las miradas expectantes de Miss Blanca y el reportero Pérez.

—Electrodos le llamaban —continuó el relato—. Algunos gatos dijeron que los usaban para controlarnos la mente, pero yo no estoy segura. Creo que, en todo caso, les permitía a los humanos saber qué pasaba en nuestra cabeza cuando nos sometían a todos esos experimentos.

—¿Y qué pasaba por su cabeza? —interrumpió el ratón Pérez—, digo, ¿en qué pensaba?, ¿cómo pudo soportar esa tortura?

—Al principio estaba muy nerviosa, como todos. Luego, mientras pasaron los días, traté de idear algún modo de escapar; pero no demoré en convencerme de la imposibilidad de esa idea.

anterioridad, Miss Blanca y Pérez se voltearon hacia la gata. Esta aclaró su garganta con un suave ronroneo y comenzó a contar:

—Hay cosas que se confunden en mi mente. A veces no sé si realmente las viví o forman parte de algún sueño. Un mal sueño. ¿Cómo llegué a los laboratorios? No lo sé. Una noche caminaba por las calles de París, y al día siguiente mi cabeza apenas sobresalía de una caja de madera. Antes de que pudiera preguntarme qué había pasado, vi que no estaba sola. A mi alrededor había otros gatos. Como yo, fueron arrancados de las vidas que hasta entonces llevaban. Los menos, según supe después, habían sido comprados en algunas tiendas de mascotas. Todos, sin distinción, estábamos sumamente nerviosos. Algunos se quejaban, otros realmente parecían haber enloquecido. Y es normal. Atrapados en esas cajas, encerrados en un lugar desconocido, lejos de los amigos, de la familia, sin saber qué nos esperaba... Al día siguiente vinieron los humanos. No lucían como otros que vemos día a día en las calles. Vestían de blanco, y siempre anotaban cosas en unos papeles. No les puedo decir que nos maltrataran. Nos alimentaban a diario. A veces hasta nos acariciaban y hablaban en un tono de voz realmente tranquilizador, sobre todo cuando tenían que sacarnos de las cajas o trasladarnos de una habitación a otra. No, estar rodeados de humanos no fue lo peor. La pesadilla comenzaba cuando no estaban; cuando te dejaban a solas en un cuarto, rodeada de equipos muy raros, y cables y ruidos muy fuertes y luces de todo tipo. Y de pronto el mundo, tal y como lo habías conocido hasta entonces, dejaba de tener sentido. Las paredes comenzaban a moverse a tu alrededor, cada vez más rápido, hasta que dejabas de verlas y sentías como si algo tirara de ti muy fuerte, tan fuerte que temías hundirte en el suelo, desaparecer para siempre allí donde sentías la presión muy dentro de ti. Y después, nada. La oscuridad y un silencio cargado de sonidos sordos, como si me hundiera en el fondo de un lago. Cuando lograba emerger de ese murmullo, ya estaba de vuelta en la habitación original, casi siempre acompañada por uno de los humanos vestidos de blanco, que no paraban de escri-

—¿Pasó algo? —preguntó, visiblemente preocupada. Pérez cerró la puerta tras de sí; depositó su portafolios en la mecedora y caminó hacia Martina. Le besó una mejilla. Con el tono más festivo que le fue posible encontrar, le dijo:

—¡Me asignaron mi primer reportaje!

Martina dio un saltico de alegría. Soltó la escoba y corrió hacia su esposo. Lo abrazó con cada una de sus seis patas, mientras le colmaba las mejillas de sonoros besos.

—Yo sabía... ¡mua!... que más temprano... ¡mua!... que tarde... ¡mua!... iban a reconocer tu talento... ¡muuuuuua! ¡Tengamos que celebrar! ¡Ya sé, prepararé tu comida favorita: sopa de cebolla!

Martina puso fin al abrazo y a saltos se adentró en la cocina. Aliviado, Pérez la observó alejarse. Durante todo el camino no había hecho más que preguntarse cómo le explicaría a Martina en qué consistía el reportaje. Ninguna de las maneras que se le ocurrieron le había convencido. Ya con la llave en la cerradura tomó una decisión: ¡no se lo diría! Claro, a menos que le preguntara directamente. ¡Y Martina no había preguntado!

Más calmado, el ratoncito se complacía por el éxito de su estrategia diciéndose: «¡Siempre las buenas noticias primero!». Goloso, se dejó envolver por el aroma de la cebolla que le llegaba desde lo más profundo de la casa. Desde allí también llegó Martina. Sonriente, con un brillo pícaro en sus ojitos, se secaba las manos en el delantal.

—La olla está al fuego. ¡Ahora cuéntame todos los detalles!

El suelo se sacudió bajo el ratón Pérez. Sintió como si le hubieran golpeado en el estómago. La maquinaria de su cerebro comenzó a trabajar a todo vapor en busca de la mejor solución. ¿Qué decir? ¿Se atrevería a mentirle otra vez a su amadísima cucaracha? Finalmente suspiró. Dejó caer los hombros y comenzó a contar todo lo sucedido esa mañana.

Martina lo escuchó atentamente. Solo habló para decir cuán orgullosa estaba de su «ratoncito valiente» y «qué pesado era el reportero ese». Del encuentro con el reconocido reportero fue

de lo que menos detalles ofreció Pérez. En cambio, y como si tuviera el expediente delante de sus ojos, le resumió a su esposa en qué consistía el reportaje.

Se tiene noticias de la participación de ratas en el Programa Espacial Francés. Hasta donde conocemos, tres de ellas se convirtieron en las primeras en viajar al espacio, información que no hemos podido verificar. Su última ubicación conocida era el CERMA, Centre d'Enseignement et de Recherches de Médecine Aéronautique —Pérez pronunció esto con su mejor acento parisino, para impresionar a su cucarachita—, en París. La misión es conocer de primera mano el destino de estas ratas y, de ser posible, entrevistarlas. Fuente de la información: RESERVADA. Contacto en París: Miss Blanca. Testigo clave: Félicette, primer felino en viajar al espacio...

—¿Felino? —interrumpió Martina.

—Sí. Félicette... —dijo el ratón Pérez, que extrajo lentamente de su portafolio la foto y la mostró a su esposa— es una gata.

Entonces se dejó escuchar el primer grito y sobrevino el primer desmayo.

Ya más calmada, y después de haber bebido el tercer vaso de agua azucarada, Martina no hacía más que repetir: «Te va a comer, te va a comer». Con una tranquilidad que lo sorprendió a sí mismo, Pérez le respondió:

—No es tan grave como parece. Además, ¡es París! —El ratoncito se dejaba llevar por su propio entusiasmo—. ¿¡No te gustaría tener una cajita de polvo traída desde París!?

Martina le dedicó una sonrisa de antenas caídas.

La cena transcurrió en silencio. Martina apenas probó la sopa y Pérez, contrario a su costumbre, se conformó con solo un plato. Luego se fueron a la cama, más temprano que lo habitual.

Pérez tuvo un sueño intranquilo, del que solo recordaría la escalofriante imagen de una cueva, en la que cientos de estalactitas lo amenazaban, filosas como colmillos.

Despertó empapado en sudor y con el cuerpo adolorido. Martina aún dormitaba a su lado. «¡Hoy es el día!», se dijo. Entró al

realidad, Pérez sabía que esa pesadez en su estómago, ese nudo en la garganta, esa comezón en la punta de la nariz, eran síntomas de la tristeza que le provocaba el destino de tres ratas de las que, hasta hoy, apenas había escuchado.

¿Cómo eran esas ratas? ¿Cómo habrán vivido esa experiencia? ¿Qué habrían tenido que decir? Las preguntas comenzaron a atropellarse en la cabeza del reportero Pérez, que miraba al plato de sopa como si tratara de encontrar las respuestas allí, flotando entre los trozos de cebolla y queso gratinado.

Como si hubiera leído la mente del ratoncito, la gata dijo:

—*Monsieur* Pérez, no puedo contarle mucho de esas ratas por las que usted hizo el viaje hasta acá. No puedo decirle cómo eran, cómo vivieron los días previos al viaje o qué pasó con ellas después... Pero, si le parece bien, puedo contarle mi historia. Tal vez eso le ayude a formarse una idea de lo que pudo sucederles.

El ratón Pérez miró a la gata directamente a los ojos. Luego se fijó otra vez en la cicatriz en su cabeza. Asintió en silencio.

—*Très bien* —dijo la gata, y con un gesto de su pata señaló los platos sobre la mesa—, pero comamos primero, antes que se enfríe la comida.

El ratón Pérez miró a Miss Blanca. Esta le hizo un gesto afirmativo con la cabeza mientras tomaba la cuchara. Aun sin apetito, el ratón Pérez la imitó, dispuesto a darle una oportunidad a esa sopa de cebolla a la francesa.

5

El almuerzo transcurrió en silencio. Cada uno sumido en sus pensamientos. Apenas intercambiaron algunos comentarios sobre la comida. Para cuando sirvieron el postre, en la habitación solo se escuchaba el choque de los cubiertos contra la loza. Finalmente, los platos fueron retirados por las mismas manos misteriosas que los habían servido. Cual si lo hubieran acordado con

Sintió cómo crecía la desesperación dentro de sí a medida que se prolongaba el mutis de la gata.

—¿No qué?! —dijo Pérez por fin, sin poder ocultar su frustración.

La gata detuvo, a medio camino, la pata que llevaba a su cabeza. Sin mirar al reportero dijo:

—Allí todos éramos gatos. Catorce en total. Si había ratas o ratones, nunca lo supe; no coincidí con ellos, ni escuché a los otros gatos comentar nada al respecto. No sabría decirle si ahora mismo tienen roedores en esas instalaciones. Sinceramente, espero que no, por el bien de ellos. Ningún animal merece pasar por las experiencias que vivimos allí... —La gata terminó el gesto detenido y se acarició la cicatriz. Luego miró fijamente al ratón Pérez, que la observaba en silencio, expectante. —Pero su información es correcta, *monsieur*. Al menos tres ratas fueron enviadas al espacio antes que yo. Pero no fue aquí en París donde escuché de ellas, sino en el desierto argelino. Y hasta donde sé... ninguna está viva.

Miss Blanca se llevó las patas enguantadas a la boca y Pérez sintió que algo se estremecía en su interior. Por unos minutos ninguno de los tres dijo una palabra. Solo el ruido de los platos, colocados sobre la mesa por las mismas manos misteriosas que un rato antes habían entregado los menús, pudo romper el silencio que se instaló en la habitación.

Nunca antes el olor de la cebolla le había parecido tan triste al ratón Pérez. Miró el plato humeante delante de él, pero, por primera vez, no sintió apetito.

—Lo siento mucho, *Monsieur Pérez* —dijo la gata, ronroneando—. Comprendo que se sienta decepcionado con esta noticia.

El reportero dejó caer los hombros. ¿Decepcionado?, sí, por supuesto que estaba decepcionado: si no había ratas astronautas que entrevistar, ¿de qué escribiría para la Agencia? ¿Acaso su primera misión como reportero también sería la última? ¿Así de breve sería su carrera? Sí, sin dudas era una decepción. Pero, en

baño. Se miró al espejo y descubrió unas profundas ojeras bajo sus ojitos de ratón. «Parezco un mapache», se lamentó. Abrió la llave del lavabo. Al escurrir por el caño, el agua emitía un sonido que le recordó el ronroneo de un gato.

SEGUNDA PARTE CON PARÍS EN EL HORIZONTE



rado. Sin embargo, la gata se reclinó sobre su silla, se lamió una pata y luego la pasó con cuidado por la cicatriz, una y dos veces.

—Espero que no haya venido de tan lejos solo para mirar mi cicatriz —dijo por fin la gata, como si hablara consigo misma.

El ratón Pérez respiró aliviado y se apresuró a responder, a la vez que hurgaba torpemente en los bolsillos de su chaleco de reportero:

—No, no, *madame*, disculpe, de ninguna manera...

Finalmente encontró las notas que había esbozado en el hotel. Ahora todas le parecieron simples borrones sobre el papel. Una gota de sudor le corrió por la espalda. Se sabía observado por Miss Blanca y por la gata, pero en realidad temía que si levantaba la vista de los papeles, se encontraría con los ojillos rojos del Jefe de Redacción, que lo observaban con una mirada recriminadora.

—¡Ratones! —exclamó por fin el reportero.

—¿Ratones? —preguntó la gata, entornando las orejas de forma tal que se hizo más notable la cicatriz de su frente.

—¡Ratas! —exclamó otra vez el ratón Pérez y miró hacia Miss Blanca, como si solo ella pudiera desenredar el nudo que él se había hecho en su cabeza. La ratoncita, en cambio, lo miró con la misma extrañeza que la gata. Comprendió entonces que solo él podía salir adelante. Cerró los ojos, respiró profundo, y dijo: —Quiero decir, tenemos información de al menos tres ratas que fueron enviadas al espacio y que posiblemente estuvieron o están en el CERMA. ¿Conoció a alguna de ellas en su estancia en este sitio? ¿Sabe si aún permanecen allí? ¿Es posible que pudiera entrevistarlas?

—No —dijo la gata tras una breve pausa, y luego comenzó a lamerse muy despacio una pata.

¿No? ¿Eso era todo cuanto tenía que decir?, pensó Pérez. Miró otra vez a Miss Blanca, pero esta miraba a su vez a la gata, con expresión calmada. «¡Claro!, ¡como que no es ella quien tiene que escribir un reportaje con la palabra NO!», se dijo el reportero.

—*Pardon?* —preguntó la gata.

—Una *soupe à l'oignon gratinée* —interrumpió Miss Blanca, en auxilio del pobre francés del reportero—. Y que sean dos, *si 'l vous plait*.

—*Très bien* —dijo la gata. Luego se volteó hacia su izquierda y añadió, como si les hablara a las cortinas—. Dos platos de *soupe à l'oignon gratinée* y para mí... un buen tazón de *laît écrémé* y un plato de *ratatouille*.

El ratoncito Pérez sacudió las orejas al escuchar esto último. Como si le hubiera leído el pensamiento, Miss Blanca se apresuró a aclarar:

—*Ratatouille* es un delicioso plato elaborado con diferentes hortalizas.

—Sí, sí. Claro, ya lo sabía —mintió el reportero.

—¿Lo ha probado antes, *monsieur*? —preguntó la gata. Este ya preparaba una nueva mentira como respuesta, cuando algo llamó su atención.

Al inclinarse hacia él, la cabeza de la gata había quedado dentro del cono de luz que iluminaba la mesa; y allí, donde nacía el pelaje negro que le cubría las orejas, Pérez notó una fea cicatriz. Se sorprendió de no haberla visto hasta ese momento, incluso cuando ya había tenido tan cerca del rostro de la gata. Luego, recordó la fotografía que guardaba en el expediente de Félicette y comprendió qué era lo que antes le había resultado extraño. Era eso, ¡la cicatriz!

Un golpe en su rodilla le hizo reaccionar. ¡Miss Blanca le había pateado! El reportero la miró sorprendido. A cambio, recibió una mirada recriminatoria. Entonces entendió que, contrario a los consejos de la ratoncita, había estado mirando fijamente a la gata.

—Esteeee... no, *madame* —se apresuró a decir el reportero—, en realidad nunca he probado la cicatriz... ¡Ay! —recibió otra patada de Miss Blanca—... perdón... el ratatouil.

La gata lo observó en silencio durante unos segundos. Pérez tragó en seco y temió que, ahora sí, nada lo salvaría de ser devo-

Llegaron al puerto en un flamante Rolls Royce alquilado por la Agencia, ¡con chofer incluido! El auto se detuvo a unos metros de la escalerilla de embarque. En su impecable uniforme de chofer, y con ademanes marciales, el sapo se apresuró en abrir las puertas.

El primero en bajar fue Pérez. Miró con ojos que parecían querer salir de su cabeza para explorar por sí mismos todo en derredor. El sapo tendió su mano y ayudó a bajar a Martina, que todavía saboreaba con placer la expresión en el rostro de los vecinos al verla montarse en semejante automóvil. «Si esta es la vida del reportero», pensó la cucarachita, «¡bien que puedo acostumbrarme a ella!»

—¿Señor Pérez? —Un ratón de traje gris y bombín del mismo color se acercó a la pareja. A Pérez le resultó familiar, pero no sabría decir de dónde. Sin esperar respuesta, el recién llegado le extendió un sobre a Pérez, levantó el bombín en señal de saludo—. Señor Pérez. Señora Pérez— dijo, y volvió sobre sus pasos. Se montó en un auto cercano, que de inmediato se puso en marcha.

El ratón Pérez abrió el sobre y extrajo un papel con el membrete de la Agencia RATPRESS. En tinta roja como los ojos del remitente, leyó:

Si no consigue el reportaje, ni se moleste en regresar a la Agencia.

¡Buena suerte!

Jefe de Redacción / RATPRESS

Un escalofrío recorrió al ratón Pérez de pies a cabeza.

—¿Pasa algo? —preguntó Martina.

—Nada —balbuceó Pérez, mientras devolvía con torpeza la nota al sobre—, indicaciones de última hora. Nada importante.

—Estás pálido —insistió Martina.

—¡Es el viaje! —dijo Pérez, más exaltado de lo que hubiera querido—. Ya sabes que no me gusta mucho eso de salir de casa —agregó luego, tratando de escucharse lo más tranquilo posible.

—¡Ay, lo sé, mi ratoncito! Por eso te traje esto.

Martina extrajo de su cartera un pequeño envoltorio. A Pérez no le fue difícil adivinar de qué se trataba.

—No tenías que molestarte, mi cucarachita. En el barco tendré comida.

—Sí, pero no será como mi sopa de cebolla —protestó cariñosamente Martina.

—¡En eso no te falta razón! —Sonrió Pérez, a quien una deliciosa sopa de cebolla hecha por su esposa le podía hacer olvidar cualquier amenaza. Tomó el paquete que le extendía Martina y olfateó hasta descubrir, incluso bajo la tela, el olor de la cebolla. —¡Te quiero mucho, cucarachita mía! —dijo, y le plantó en la mejilla un beso que sonó como la sirena del barco.

—¡Uy, tengo que embarcar, Martina!

—Cuidate mucho, mi ratoncito. ¡Mucha suerte!

Pérez tomó la maleta que le extendió el chofer y subió por la escalerilla. Cada dos pasos volteaba a lanzar un beso a su esposa.

—¡No olvides contarme luego todos los detalles! —le gritó Martina.

—¡No te preocupes! ¡Llevaré un diario del viaje solo para ti! —alcanzó a decir Pérez ya desde el barco, justo antes de que sonara otra vez la sirena y le cerraran la puerta en el hocico.

2

El camarote reservado por la Agencia cabía en un solo vistazo. Desde la puerta, el ratón Pérez hizo un inventario mental de la habitación: un escritorio de madera con su silla, una cama perfectamente tendida, un pequeño closet para los efectos personales del viajero, a su derecha un espejo y, en un discreto rincón, un retrete. Todo en perfecto orden y con un agradable olor a

—¿Pasa algo, *Monsieur* Pérez?

Miss Blanca se había inclinado sobre la mesa para susurrarle al reportero. Este levantó la vista del jeroglífico del menú y miró con ojos suplicantes a la ratoncita. Sin poder contener el rubor de la vergüenza, le confesó en el mismo tono:

—Es que no entiendo nada de lo que dice aquí.

Miss Blanca asintió levemente con la cabeza y se inclinó un poco más hacia él.

—¿Cuál es su comida favorita? —susurró.

¡Vaya pregunta!, pensó el ratoncito Pérez, mientras en su mente aparecía la cucarachita Martina en delantal, agitando con gracia el cucharón dentro de una burbujeante olla.

—¡Sopa de cebolla! —dijo el reportero, con la mirada aún perdida en la ensoñación de su cabeza.

—Entonces le recomiendo la *soupe à l'oignon gratinée* —dijo Miss Blanca.

—¿Y eso qué es? —dijo Pérez.

—Sopa de cebolla, con una rebanada de pan blanco y queso gruyer espolvoreado por encima.

Las tripas del ratoncito saltaron de alegría ante la imagen descrita por Miss Blanca.

—¡Eso, eso mismo! —dijo el reportero Pérez, ya olvidado de susurrar.

—Entonces, ¿estamos listos para ordenar? —dijo la gata, que había seguido con divertido disimulo todo el intercambio de susurros.

El ratoncito Pérez y Miss Blanca asintieron al unísono.

—Usted primero, *monsieur* —dijo la gata, y convidó al reportero con un gesto de la pata.

—¡Ah!, sí... —dudó el ratón Pérez ante la invitación. Tomó otra vez el menú entre las patas y lo miró con expresión reconcentrada—... este..., yo tomaré una... súa...pe aloinón... gra...tiné...

Una ola de adrenalina le sacudió todo el cuerpo. La habitación se expandió cual si un nuevo universo emergiera desde él hacia el infinito. Una sensación de arrobamiento lo embargó, como siempre que terminaba de probar una de las sopas de cebollas de su cucarachita; algo que otras veces había definido como FELICIDAD. Él, y no uno de los grandes reporteros de la Agencia; él, el insignificante ratoncito Pérez, ¡le había estrechado la pata a una gata!

—Por favor, sentémonos —dijo la gata, con un gesto de su cola.

«¡Cuidado, mucho cuidado!», dijo tímidamente una voz en la cabeza del reportero; pero este la espantó hacia las profundidades desde donde había aparecido. Miró la pata con la que había saludado a la gata, y por primera vez en toda su vida se sintió con ganas de comerse al mundo. «¡Eso, comerse al mundo!», pensó mientras se acomodaba en la silla frente a Miss Blanca. Ahora veremos qué hay de comer en este restaurante.

—*Pardon?* —dijo la gata.

El ratoncito la miró sorprendido. Luego a Miss Blanca. Esta lo observaba con expresión divertida. Pérez comprendió que había hablado en voz alta. Antes de que pudiera decir algo, una manga negra rematada en un guante blanco se extendió desde las penumbras, y colocó con agilidad una carpeta de cuero frente a la gata. Luego desapareció. Un segundo después apareció junto a Miss Blanca y depositó sobre la mesa otra carpeta idéntica a la primera, antes de desaparecer una vez más. El reportero sacudió la cabeza, como si tratara de apartar un velo de frente a sus ojos. Más rápido de lo que demora leer esta línea, la manga negra rematada en el guante blanco apareció a su derecha y dejó frente a él una tercera carpeta. Pérez dio un respingo en su asiento y volteó sobre su hombro, pero solo encontró las cortinas que cubrían toda la habitación. Después, tomó la carpeta entre sus patas y leyó las elegantes letras doradas: *Menu*. Sus tripas dieron un salto, animándolo a leer qué delicias le esperaban. Abrió el menú y, ¡menuda decepción! ¡Todo estaba escrito en francés!

roble y mar. La luz natural que entraba por un ojo de buey venía a completar una atmósfera que a Pérez le resultó embriagadora.

El embeleso le duró muy poco porque, desde que se despidió de Martina en el puerto, el ratoncito solo tenía una cosa en la cabeza. Fue hasta el escritorio y desató el paquete que había llevado entre sus patas durante todo el camino hasta el camarote. El olor de la cebolla se extendió de inmediato por toda la habitación y desplazó a los otros aromas.

—¡Eres un amor, Martina! —dijo, como si le hablara a la sopa.

Se la bebió en menos de lo que demora leer esta oración.

Satisfecho se tumbó sobre la cama para tomar una de sus largas siestas. Pero, por primera vez desde que tenía memoria, el sueño no se presentó. Después de dar dos o tres vueltas sobre el colchón, comprendió que la siesta tendría que esperar.

La sirena del barco anunció la partida. El viaje comenzaba.

El ratón Pérez se incorporó de un salto.

—Si realmente llevarás un diario —le dijo al ratón que lo miraba desde el espejo—, mejor que comiences desde ahora a buscar con qué llenarlo.

El ratón del espejo asintió. Puestos ambos de acuerdo, Pérez salió del camarote dispuesto a buscar sus primeras aventuras en las entrañas del barco.

3

Del diario de viaje del ratón Pérez

Día 1

Mi querida Martina, ¿sabías que, si me dispusiera a visitar cada rincón de este barco, llegaríamos a Francia antes de haberlo recorrido completo? Al menos eso me dijo Igor, una gruesa rata de pelaje tiznado que encontré en la Sala de Máquinas. «Eso es imposible», quizás digas y te confieso que pensé igual cuando lo escuché. Aunque Igor parecía muy serio al decirlo,

he escuchado que hay que fiarse poco de la palabra de las ratas marineras. Dicen que tanto tiempo en altamar les hace crecer historias en sus cabezas y allí las cultivan hasta entregar sus frutos al primero que encuentran en su camino. Como sea, no soy tan ingenuo de creerme lo primero que llegue a mis orejas. ¡Desde mañana intentaré demostrar que se equivoca!

Hoy no tuve tiempo para más. En parte porque Igor me entretuvo con sus historias (solo al prometerle que regresaría al día siguiente logré apartarme de su lado), y en otra, pues... porque enseguida me dio hambre y tuve que ir al restaurante.

¡Una decepción, Martina! Uno esperaría algo mejor del restaurante de un barco de este tamaño; al menos, algo digno de un reportero de la agencia RATPRESS. Fue como si todos los viajeros se hubieran dispuesto a comer al mismo tiempo. Apenas se podía caminar. A cada paso corría el riesgo de meter las narices en el plato de al lado, o llevar la cuchara a la boca de otro comensal. Algo ya me había advertido Igor, quien me recomendó que lo mejor era llevar el plato al camarote. ¡Pero aquello me pareció una locura, una exageración de su parte! Ya te comenté lo que se dice sobre la “palabra de las ratas marineras”; pero en este caso no le faltó razón. Tendré que darle el beneficio de la duda en todo cuanto me contó sobre el Kraken.

Cuando terminé de comer como pude, ya oscurecía. Pensé pasar mi primera noche en altamar disfrutando de las estrellas sobre la cubierta del barco. Pero mis tripas parecen tener otros planes para mí...

4

Del diario de viaje del ratón Pérez

Día 3

Mi querida Martina, ¿de cuánto líquido se compone el cuerpo de un pequeño ratón? Estoy por creer que de toda el agua del océano. Tu querido Pérez, tu ratoncito, se convirtió en una

El ratoncito sintió que algo muy profundo dentro de sí, tan profundo como los genes, le impulsaba a huir de aquel lugar; pero, aunque hubiera querido, no podía dar ni un paso. Por un momento temió que sus patas no lo sostuvieran, o que el choque tembloroso de sus rodillas hiciera eco en la habitación.

Buscó con la mirada a Miss Blanca y la vio dirigirse hacia la gata. Instintivamente, Pérez cerró los ojos, imaginando lo peor. Pero en su lugar escuchó:

—*Bonjour, Madame Félicette.*

—*Bonjour, ma cherrié Blanca.*

—*Madame, voici Monsieur Pérez, le journaliste de l'agence RATPRESS.*

Al escuchar su nombre, el reportero abrió los ojos y tragó en seco. La gata lo miró con las dos cuchillas de sus pupilas, que brillaban amenazadoras bajo la semipenumbra del cuarto. Bajó de su silla. Con pasos silenciosos y lentos se acercó al ratoncito, hasta casi rozarlo con sus bigotes.

Pérez cerró los ojos, apretó fuertemente los puños y se encogió de hombros, a la espera de la mordida fatal. En su cabeza apareció la imagen de Martina, y Pérez se lamentó de morir tan lejos de ella. Entonces Martina dijo: «*Enchantée, Monsieur Pérez. ¿Vous parlez français?*».

Abrió los ojos, extrañado por la fluidez con que la cucarachita había pronunciado el francés, pero en lugar de su esposa encontró otra vez el rostro de la gata. Antes de que pudiera desenredar el nudo en que se habían enredado las palabras en su garganta, Miss Blanca respondió por él:

—*Non, madame, il ne parle pas français.*

—¡Ah!, pues no seamos groseras, *ma cherrié* —dijo la gata en perfecto español, y extendió una de sus patas hacia el reportero—. Encantada, *Monsieur Pérez. Je suis... ah, pardon*, yo soy Félicette.

El ratoncito dudó un segundo ante la pata extendida de la gata. Luego, la estrechó con su minúscula y tremolante pata.

¡Ah, el olor de la cebolla! El ratoncito Pérez hizo una inspiración profunda y se sintió flotar en la deliciosa marea de las especias hasta el recuerdo de su cucarachita Martina. «Cuánto le hubiera gustado a Martina este lugar», pensó mientras estiraba la punta de su hocico como un ciego estira su bastón para saber lo que le ofrece el camino.

«*Monsieur Pérez... Monsieur Pérez*». Sintió que lo llamaban desde una espesa nube de vainilla, con toques sutiles de culantro y perejil.

—*Monsieur Pérez*.

El ratoncito volvió en sí. Miss Blanca lo miraba con una sonrisa que le hacía brillar los ojos y mover graciosamente la punta de su nariz.

—Vamos, *monsieur*. *Madame Félicette* ya nos espera.

El nombre de la gata fue el ancla que terminó por devolverlo a la realidad. Como un autómata, el reportero siguió a Miss Blanca que caminaba detrás de un ratón tan espigado como el que les había abierto la puerta de *Gustave's*.

Atravesaron el amplio salón principal envueltos en los aromas de los platos servidos. Pérez miraba disimuladamente a uno y otro lado, mientras intentaba irse detrás de cada nuevo aroma. Finalmente, llegaron ante una puerta en la se leía en una placa: *Réservé*. El ratón que los guiaba dio unos leves toques y se hizo a un lado. Desde el interior se escuchó: «¡*Entrez!*!».

El ratoncito Pérez dio un paso hacia la puerta, pero Miss Blanca lo detuvo con un gesto.

—*Monsieur Pérez* —le susurró—. Por favor, cuídese de no mirar fijamente a *Madame Félicette*.

Dicho esto, empujó la puerta y entró. Sin salir de su extrañeza, el reportero la siguió.

Los recibió una pequeña habitación tenuemente iluminada por una luz rojiza que parecía surgir de las cortinas que cubrían todas las paredes. En el centro de la pieza, un cono de luz más clara caía sobre una mesa elegantemente servida y con tres sillas dispuestas a su alrededor. En una de ellas estaba la gata.

fuelle con patas. ¡Ay, Martina! ¡Pensé que iría al cielo de los ratones y nunca más vería tus adorables antenas, que nunca más probaría tus deliciosas sopas de cebolla! ¡Un día, Martina! Todo un día sin poder levantarme de la cama, si no era para vomitar. ¡Ni una babosa guarda tanto líquido en su cuerpo!

Ya sé, ya sé. Pensarás que exagero, pero solo quien pase por lo que he pasado no me dejará mentir. No sé si fue la comida del primer día, la aventura de comerla sin que el brazo de algún comensal se metiera en mi plato; o acaso el vaivén del barco al adentrarse en altamar. Lo cierto es que nada más llegar al camarote y sentarme a escribir, todo comenzó a dar vueltas a mi alrededor. No podía mover ni un bigote sin que el camarote se convirtiera en un tiovivo y mi estómago expulsara lo poco que podía tragar.

¿Y cómo me logré alimentar, si apenas podía levantarme del colchón?, te preguntarás. Ay, Martina, gracias tendrás que darle eternamente, dedicarle las más ricas de tus sopas de cebolla, hacerle un altar si es posible en nuestra casita a ese ángel de la guarda, al bueno de Igor.

Sí, como te cuento. Tras ese cuerpo enorme, de pelaje tiznado, bajo esa apariencia de tosco murciélago, hay un santo, Martina. Preocupado por no verme al día siguiente, como le prometí, en cuanto tuvo un receso en la Sala de Máquinas salió a buscarme. Me encontró “casi del otro lado”, según sus propias palabras. A Igor, Martina, le debemos mi pobre e insignificante vida. Casi como un padre se hizo cargo de mí: me cargó hasta la enfermería, estuvo a mi lado cuando me inyectaron algo contra las náuseas, y se encargó de pedir en la cocina mi comida favorita. Sí, Martina, Igor hizo que me cocinaran ¡sopa de cebolla!

Por supuesto, nada que ver con esa delicia que solo tú puedes hacer. Pero cuánta nostalgia ante el olor de la cebolla. Fue como estar en casa, a tu lado. Pensaba en ti, y me bebía casi con verdadero apetito aquello que, en realidad, de sopa de cebolla solo tenía el olor. Luego, pasada la primera impresión del líquido caliente, consciente quizás del engaño, mi estómago, que

hasta entonces creí de piedra, expulsó enfurecido hasta la última gota de condimento.

Por suerte hoy me he sentido mejor. Solo el celo paternal de Igor, que no me permitió moverme de la cama, no me dejó sentarme antes a contarte de mi salud y de la desdicha de ver cómo he perdido dos días completos de las aventuras que me prometía la inmensidad del barco. Aunque de aventuras, en realidad, estoy algo saturado, pues si he de creer a todo lo que dice, nadie en el mundo ha vivido más aventuras que el bueno de Igor. Pero de ello quizás te cuente mañana. Escucho sus pasos en el pasillo. Mejor me escurro entre las sábanas antes de verlo enojarse porque “no hago reposo”. Sé que me espera una larga noche de historias, aunque no sea yo quien las esté viviendo. ¡Buen reportero seré si he de conformarme con ello!

5

Del diario de viaje del ratón Pérez

Día 4

Mi querida Martina, si la Tierra fuera plana —como a estas alturas todavía algunos se atreven a afirmar—, ya podríamos ver las costas francesas desde la cubierta del barco. Aún faltan poco más de veinticuatro horas para arribar al puerto de Le Havre. Eso afirma Igor; y cada vez menos me atrevo a desconfiar de sus palabras, por más descabelladas que suenen. Por ejemplo, me dijo que una vez sirvió en un barco que ¡en solo 4 días, 3 horas y 19 minutos había atravesado todo el océano Atlántico! O sea, ¡ya hubiéramos llegado! Igor lo dice con una mezcla de nostalgia y orgullo. Cuenta que hasta un premio le dieron a aquella embarcación por haber roto el récord de velocidad.

Y yo que pensaba que cinco días de navegación entre América y Francia era muy poco. Bien se ve que de estas cosas nada entiendo. Igor, sin embargo, no se burla de mi ignorancia. Siempre está presto a aclarar alguna duda: ¿cuándo se gira a

Francés? Es por ellos por lo que la Agencia me envía a entrevistar a *Madame Félicette* pues, hasta donde sabemos, es la única que ha logrado salir de las instalaciones donde se lleva a cabo este programa.

Fue entonces que el taxi se detuvo. El chofer dijo algo en francés y Miss Blanca hurgó en una cartera diminuta que hasta entonces Pérez no había notado. La ratoncita extendió un billete al chofer, justo cuando se abría la puerta del auto.

Antes de bajar, Miss Blanca miró al reportero y le dijo:

—No, *Monsieur Pérez*. Lo siento, no he escuchado antes sobre esas ratas.

Pérez dejó caer los hombros y bajó. Miss Blanca esperó a que el reportero se le uniera en la acera y entonces le tomó delicadamente por un brazo. El ratoncito se volteó sorprendido y sintió cómo sus cachetes comenzaban a rebullir bajo el rubor.

—No se preocupe, *Monsieur Pérez* —dijo Miss Blanca, y en sus ojos había un brillo que el ratoncito no olvidaría en lo que le restaba de vida—; si *Madame Félicette* sabe algo de esas ratas, no dudará en ayudarle.

Mudo por el contacto de la ratoncita contra su pelaje, Pérez solo atinó a asentir con la cabeza. Aún tomado del brazo por Miss Blanca, se dejó llevar hasta la entrada del restaurante. Un espigado ratón les hizo una reverencia y les abrió el paso, empujando suavemente las puertas.

—*Benvenue à Gustave's.*

3

Fue como si hubiera atravesado un portal mágico hacia un mundo donde olores y colores se confundían. La luz que caía lenta desde las lámparas de araña parecía estar formada no por partículas y ondas, sino por esencia de orégano, azafrán, ajo, canela, clavo de olor, nuez moscada, hinojo, cebolla...

La ratoncita se había mostrado interesada en saber cómo él había llegado a la agencia RATPRESS. Pérez, sin embargo, logró eludir el tema, y terminaron hablando de ella.

Supo que era de origen húngaro y que trabajaba en la Sociedad de Ayuda a los Prisioneros. Se encontraba de paso en París. Al día siguiente debía partir hacia Nueva York a una Asamblea de Emergencia. El ratoncito Pérez se sintió intrigado por la Sociedad y durante buena parte del viaje Miss Blanca le contó de la misma, y de algunas de las misiones en las que había participado. Pérez la escuchó embelesado, mientras pensaba que su acompañante no tenía nada que envidiarles a los mejores reporteros de la Agencia. Además, ¡era mucho más hermosa!

Como adivinó que el rubor subía a sus cachetes, se apresuró a preguntar.

—¿Y de dónde conoce a *Madame Félicette*?

—Su caso llegó hace unos años a la Sociedad. Aunque no me correspondió a mí la investigación. Cuando se supo de su paradero, ya había regresado de su viaje al espacio exterior. Venía de regreso a París, y coincidió con una de mis estancias acá. Entonces, me pidieron contactarla y averiguar si podíamos ayudarla de alguna manera...

—¿Ayudarla?, ¡pero si es una celebridad! —interrumpió el ratoncito Pérez.

—No crea todo lo que lee en la prensa, *Monsieur Pérez* —dijo Miss Blanca con expresión sombría, y volteó a mirar por la ventanilla.

El ratoncito Pérez se lamentó de inmediato por su indiscreción, pero a la vez sintió que las palabras de Miss Blanca habían sembrado en él la semilla de la duda.

El resto de trayecto lo hicieron en un incómodo silencio, solo interrumpido por algunos comentarios sobre la ciudad, con los que Pérez intentó reavivar la conversación, sin mucho éxito. Finalmente, se decidió por una vía más directa.

—Miss Blanca —dijo—, ¿sabe usted algo sobre tres ratas que supuestamente también participaron en el Programa Espacial

estribor?, ¿cuándo a babor?, ¿por qué la velocidad del barco se mide en nudos?, ¿por qué, si el barco pesa más de sesenta mil toneladas, no se hunde?, ¿por qué, por qué, por qué...?

Y allá va el bueno de Igor a decirme que estribor es a derecha y babor a la izquierda siempre que mires hacia la proa, es decir, hacia la parte delantera del barco; y me cuenta de cuando se medía la velocidad de un barco con una soga a la que se le hacían nudos cada cierta distancia y arrojaba al mar con un madero en su punta, para luego contar cuántos nudos se habían hundido durante el tiempo en que terminaban de caer las arenas de un reloj; y me habla de un humano de nombre Arquímedes que salió desnudo de una bañera; me habla del desplazamiento y otras palabras raras (técnicas les llama él) que igual no me ayudan a entender cómo podemos navegar en esta mole de hierro sin hundirnos en medio del océano.

Es una rata de muchas luces, este Igor; no es fácil impresionarle. No se impresionó, por ejemplo, al saber que trabajo para la agencia RATPRESS; o que me llevaron al puerto en un flamante Rolls Royce alquilado y ¡con chofer incluido!; o que voy a París a entrevistar a una gata, pero no a una gata cualquiera, sino al único felino que ha viajado al espacio... Ahora que lo pienso bien, ahí sí pareció sorprenderse Igor. Recuerdo que se rascó detrás de la oreja (un gesto en el que pronto aprendí a reconocer el mecanismo de la curiosidad a plena máquina dentro de su cerebro), y me preguntó:

—¿Hasta qué altura dices que voló esa gata?

Yo, que de tanto leerlo me sé de memoria el expediente de Félicette, dije al mejor estilo de maestro de ceremonias de un Circo de Pulgas:

—¡Ciento cincuenta y siete kilómetros de altura!

Lo vi abrir los ojos muy grandes, y rascarse la oreja como si se la fuera a arrancar. Luego, soltó una carcajada, me dio una palmada en la espalda y me dijo: «¡No inventes!». Y comenzó a contarme de animales que viven a más de 3 mil metros de profundidad bajo la superficie del océano.

—¡Tres mil metros! —dijo con los brazos muy abiertos, como si tratara de alcanzar esa distancia con la punta de sus dedos—. Y me han dicho que algunos llegan a vivir a seis mil metros. ¡Eso sí es impresionante!

Y se echó a reír a carcajadas.

Por un instante me molestó el desdén hacia lo que yo le había contado. ¡Cómo podría comparar ciento cincuenta y siete kilómetros con seis mil metros!, ¡el espacio con el fondo del mar! ¡No, no había comparación! Eso, mi querida Martina, quise decirle, o más bien gritarle en ese muy breve instante que duró mi malestar. Pero en realidad, mi cucarachita, ¿cómo podría molestarme con Igor, con el bueno de Igor, que ha sido más que un padre para mí en estos días de viaje!?

Tragué mi malestar como se traga la píldora amarga que habrá de sanar nuestras enfermedades. Luego, me entregué a la aventura de escuchar sus historias.

A fin de cuentas, Martina de mi corazón, la naturaleza es tan rica que siempre nos reservará asombros, ya sea en el espacio exterior o en lo más profundo de los océanos.

6

Del diario de viaje del ratón Pérez

Día 5

Mi querida Martina, escribo estas líneas con el puerto de Le Havre a la vista. En realidad, es de noche, y apenas distingo una luz a lo lejos. En un inicio la atribuí a un faro; pero Igor me explicó que, ciertamente, proviene de una iglesia: el primer edificio de la ciudad observable desde el mar. La luz emana de su torre central, de unos 110 metros de altura. ¡Fíjate qué curioso!

Todo esto me lo contó en la cubierta del barco, a la que por fin pude subir después de tantos días encerrado en el camarote. ¡Y no me quejo, Martina! Mira que la compañía de Igor y sus historias es lo mejor que me pudo pasar en este viaje. De todos

El ratoncito Pérez por fin sacudió la cabeza, como si se librara de invisibles telarañas que le hubieran aprisionado. Miró a Miss Blanca. Sintió que, si no decía algo sensato durante el próximo segundo, esta saldría huyendo del restaurante, y con ella, la más mínima posibilidad de convertirse en un reportero de la agencia RATPRESS.

—Oui, sí, sí, oui —tartamudeo; luego se aclaró la garganta, y, poniendo toda su voluntad en las palabras, mintió—. Es que la sola mención de *Madame Félicette* me puso en modo reportero, y me vinieron a la mente todas las preguntas que tengo por hacerle.

Comoquiera que Miss Blanca lo miró con expresión entre extrañada y divertida, Pérez saltó del asiento y con un gesto de teatral galantería, invitó:

—Después de usted, Miss Blanca. ¡*Madame Félicette* espera, pero mi apetito no!

Miss Blanca sonrió ante la ocurrencia del ratoncito. Dispuesta a seguirle el juego, se incorporó con ademanes no menos teatrales.

—¡Vamos! —dijo, y echó andar.

El ratoncito Pérez respiró aliviado. Había logrado sortear un primer escollo, pero en sus orejas aún hacían eco las palabras de Miss Blanca: «*Madame Félicette* nos espera para almorzar con ella» ... Cuando se sentó junto a Miss Blanca en el asiento trasero del taxi, aún no había logrado espantar de su cabeza la escena en que una gata se disponía a devorarlos, servidos en bandeja de plata.

2

El viaje en taxi demoró más de lo que hubiera esperado. El ratoncito Pérez se sintió agradecido por ello, pues el ronroneo del auto, los paisajes de la ciudad y la conversación con Miss Blanca habían logrado tranquilizarlo.

—¿Está mejor, *Monsieur Pérez*?

Era la tercera vez que lo preguntaba. Ahora el ratoncito se animó incluso a sonreír cuando respondió que sí, ya estaba mejor; que había sido tan solo un susto, un poco de agua que tomó el camino equivocado; aunque su voz no sonara tan segura como cabría esperarse de un reportero de la Agencia RATPRESS.

—Podemos ordenar, si quiere —añadió, mientras volteaba el rostro hacia los camareros.

—¿Ordenar? —preguntó Miss Blanca.

—*Oui* —dijo Pérez, contento de poder hacer uso de su muy corto arsenal de palabras francesas. Y enseguida añadió con tono jocoso: —La verdad es que no entiendo la mitad de los nombres que hay en el menú, pero estoy seguro de que los platos estarán deliciosos.

Alzó la pata hacia la lagartija-camarero al que había preguntado la hora.

—¡Oh, no, no, no, *Monsieur Pérez*! —dijo Miss Blanca, agitando la mano enguantada, como si se despidiera de alguien. —No comeremos acá. *Madame Félicette* nos espera para almorzar con ella.

—*Pardon, monsieur. Vous êtes prêt à commander?*

La lagartija-camarero se paró en firme junto a la mesa, listo para anotar la orden. Con la boca entreabierta y el menú entre las patas, Pérez parecía una estatua.

—*Monsieur?* —insistió el camarero, inclinándose levemente hacia el ratoncito, temeroso de que le hubiera dado un nuevo ataque.

Miss Blanca acudió a su ayuda. Llamó al camarero, le dijo algo apenas audible y le entregó unas monedas. La lagartija-camarero hizo una reverencia, dedicó un último vistazo con el rabo del ojo al acompañante de la ratoncita, y se retiró.

—¿*Monsieur Pérez*, de verdad se siente usted bien? —preguntó Miss Blanca, cada vez más alarmada.

modos, apenas pudimos estar unos minutos sobre cubierta, pues aquí los vientos son muy fuertes. Tanto, que por un momento temí ser arrastrado por una ráfaga y tirado por la borda, como comida para peces.

Me contó Igor sobre esta ciudad, Le Havre.

—*¡Es la más fea de Francia!* —me dijo, y no puedo menos que pensar que muy mal le iría como guía turístico si así es como presenta las tierras francesas a un neófito como yo.

Como sea, no dudo que sea otra más de sus exageraciones. Su comentario solo despierta mi curiosidad, y aunque extrañaré mucho conversar con él, no veo la hora de bajarme del barco y comenzar la verdadera aventura. ¡Así sea el recorrer la ciudad más fea de toda Francia!

Del diario de viaje del ratón Pérez

Rumbo a París. ¿Día 5 o día 6?

Mi querida Martina, este viaje parece destinado a romper mis planes. Ya me quedé con las ganas de explorar todos los rincones de un barco que se me dijo imposible de recorrer antes de llegar a Francia. Ahora tampoco puedo comprobar si la ciudad de Le Havre es tan fea como la describió Igor... Ah, el bueno de Igor; ni siquiera pude despedirme de él, mi querida Martina. ¡Igor! De solo escribir el nombre de mi buen amigo se me anuda la garganta y debo contener las lágrimas... Incluso ahora que escribo en uno de los vagones del tren que me lleva rumbo a París, y no viajo solo...

Pero disculpa mis desvaríos, cucarachita mía. Ya te cuento todo adecuadamente, y de paso trato de poner en orden mi cabeza.

Pues bien, cuando las sirenas del barco anunciaron las maniobras de atraque en el muelle, subí a cubierta, como había acordado previamente con Igor. El viento en el puerto era mu-

cho más fuerte de lo que había pensado. Arrepentido y con cuidado de no volar hasta el pico de alguna gaviota, logré bajar de regreso al camarote. Estaba convencido de que al no encontrarme en cubierta Igor bajaría a encontrarse conmigo. Pasaron los minutos, comenzaron a salir los pasajeros de sus camarotes, sonaron varias veces más las sirenas, pero Igor no aparecía. Entonces llamaron a la puerta. Cuando me disponía a recriminarle al bueno de Igor por su demora, por no haberme acompañado, porque casi tenía que desembarcar y no nos habíamos despedido, apareció en el umbral un ratón de traje gris y bombín del mismo color.

Sé lo que te preguntarás, mi cucarachita, porque lo mismo me pregunté nada más verlo. ¿Acaso es el mismo ratón que me despidió en el puerto antes de salir? ¡Todavía no lo sé! Ahora mismo lo tengo sentado frente a mí en el tren, pero no me atrevería a asegurarlo. Es cierto, podría haberle preguntado directamente. O decir: «Qué gusto volver a verle». Y que él me hubiera dicho: «Igualmente, ¿qué tal el viaje? El mío, ¡espectacular! Para la próxima le recomiendo viajar en avión. Es mucho más rápido. Míreme a mí, salí un día después que usted y ya estoy aquí, recibéndole con las nuevas indicaciones de la Agencia». Pero en tanto me recompuse de mi asombro por verlo en la puerta de mi camarote, alzó su bombín a modo de saludo, me extendió una tarjeta y sin pedir permiso entró. Tomó mis maletas y echó andar. Con un gesto me indicó que le siguiera.

Cuando vine a reaccionar estaba sentado a su lado en un auto que a toda prisa atravesó una avenida hasta la terminal de ferrocarriles. Allí abordamos este tren. No recuerdo ni en qué momento bajé del barco, o si miré atrás en busca de Igor, o cuándo me monté en el auto. Por más que intento, todo eso se ha perdido en mi cabeza tras una cortina de estupor.

Nada más acomodarnos en el vagón, mi acompañante sacó un periódico, no sé de dónde, y se ocultó tras él, como quien corre una cortina o cierra una puerta para no ser molestado. Entonces recordé la tarjeta que me entregara antes y finalmente

TERCERA PARTE FÉLICETTE



y solo atinó a asentir con un gesto de su cabeza, dentro de la cual una inmensa señal de alarma le advertía: «Cuando le cuentes a Martina de Miss Blanca, ¡cuídate mucho de no decir que es la ratoncita más bella que jamás ratón alguno haya visto!».

la leí. No decía gran cosa. Me hacían saber que, por cambios en la agenda de mi contacto en París, se adelantaba el cronograma. Me entrevistaría con la gata al día siguiente y luego debía emprender el viaje de regreso, de inmediato. El resto de las instrucciones se me darían a mi llegada a París. Firmaba el Jefe de Redacción.

Ahora miro mi reflejo en la ventanilla del tren. Afuera la noche es tan negra e indescifrable como mi futuro de reportero... al menos, así me parece.

8

Era una olla inmensa y en ella burbujeaba la sopa. Los pedazos de cebolla flotaban tentadores ante sus ojos. Lo llamaban. Se acercó lentamente hasta el borde de la olla, atraído por el olor, relamiéndose. Estiró una de las patas para alcanzar un trozo de cebolla cercano, pero solo atinó a golpearla con la punta de un dedo. La cebolla se hundió un instante y luego reemergió unos centímetros más lejos. Volvió a intentarlo, estirándose cuan largo era y, cuando ya casi lograba rozarla, se escuchó un maullido muy agudo y sintió que lo empujaban dentro de la olla. Antes de tocar el agua hirviente despertó sobresaltado.

Parado junto a él, el ratón de traje gris y bombín del mismo color le extendía el equipaje. Se escuchó otra vez el pitido del tren, y solo entonces el ratón Pérez observó por la ventanilla y vio que se habían detenido en una terminal. Estaban en París.

Les tomó unos buenos minutos bajarse del tren. Hasta dos veces el ratón Pérez pensó que se había perdido, y entonces lo-graba encontrar entre la multitud el bombín de su guía, como un faro en medio de las marejadas. Cuando por fin logró alcanzarlo, el ratón de traje gris y bombín del mismo color abría la puerta trasera de un auto negro y le indicaba que entrara. Pérez obedeció sin chistar. El otro se sentó junto al chofer y, sin mediar palabras, el auto echó a andar. Desde la ventanilla el ratón Pérez

alcanzó a leer en la fachada del edificio que ocupaba la terminal: Gare Saint-Lazare.

Anotó mentalmente el nombre y pegó las narices al cristal, dispuesto a absorber todo lo que París le mostrara a través de la ventana del auto mientras durara el recorrido. Pero, una vez más, el viaje no cumplió sus expectativas. Cuando apenas había memorizado el nombre de dos boutiques, el auto se detuvo a un lado de la acera. La puerta se abrió como por arte de magia y el ratoncito Pérez bajó, no sin lamentarse una vez más “por su mala suerte”. «*Bonsoir, monsieur*», le dijo una lagartija de impecable uniforme azul, mientras cerraba la puerta del automóvil, antes de retirarse solícita a atender a otros recién llegados.

Pérez sintió un leve toque en un hombro, y enseguida vio al ratón del bombín que le indicaba con un gesto que lo siguiera. Así lo hizo. Atravesaron por una puerta custodiada por otra lagartija uniformada que los recibió con un idéntico «*Bonsoir, monsieur*», y llegaron a un amplio vestíbulo con piso como un espejo y columnas que parecían sostener el cielo. Se acercaron hasta un mostrador donde los recibió sonriente otra lagartija, esta de impecable uniforme blanco, sobre el que se leía en un cintillo dorado, Marcel:

—*Bonsoir, monsieur. Bienvenue au Grand Hôtel du Havre. Je suis Marcel.*

Sin decir una palabra, el del bombín le extendió a Marcel una tarjeta, parecida a la que le había dado al ratón Pérez en el barco. Tras un rápido vistazo, la lagartija asintió con la cabeza y le extendió una llave al del bombín.

—Habitación 118, *monsieur* —dijo Marcel, esta vez en español, pero con un marcado acento francés.

El del bombín tomó la llave y, otra vez sin decir ni pío, echó andar rumbo a las escaleras. El ratoncito Pérez lo siguió, resignado a su papel de sombra silenciosa de su guía.

La habitación 118 quedaba al final del pasillo del primer piso. El ratón de traje gris y bombín del mismo color abrió la puerta y esperó a que el ratoncito Pérez entrara. Luego le tendió una

«Ojalá Miss Blanca sepa leer francés», se dijo mientras su estómago se quejaba temeroso ante la perspectiva de un almuerzo poco apetitoso.

—*Pardon, monsieur. Vous êtes prêt à commander?*

Pérez se sobresaltó ante la aparición sigilosa de la lagartija-camarero a su lado.

—No, no... *merci, merci* —alcanzó a decir, sin entender ni una palabra de lo que le habían preguntado, pero contento de poder usar la única frase que se sentía capaz de repetir en francés sin sentir que estaba diciendo un disparate.

La lagartija hizo una reverencia y se dispuso a retirarse con la misma reserva con que había llegado, pero el ratoncito la detuvo con un gesto de la mano.

—Disculpe, ¿me pudiera decir la hora? —preguntó Pérez, mientras tocaba su muñeca izquierda.

El camarero jaló una cadena que le colgaba del chaleco del uniforme y sacó un reluciente reloj de bolsillo.

—*Il est treize heures cinq* —dijo, hizo otra reverencia y se retiró.

Una vez más, el ratoncito no entendió una palabra; sin embargo, no necesitaba comprender el francés para saber que Miss Blanca llegaba tarde. Refunfuñó algo y bebió un largo trago de agua. «¿*Monsieur Pérez?*», dijo una voz a su izquierda. Con la copa aún entre sus labios, Pérez volteó en esa dirección. «*Bonjour, soy Miss Blanca*».

Un chorro de agua salió despedido de la nariz del ratoncito. Tosió y tosió hasta que los pelos de su rostro se tornaron rosados. Dos lagartijas-camareros acudieron de inmediato a su ayuda, dándole palmadas en la espalda y echándole aire con una servilleta. Miss Blanca observó la escena con evidente muestra de preocupación en su rostro, y cuando Pérez, aún con un hilo de voz, agradeció con sendos «*merci*» a sus socorristas, se acercó a él y le tocó el brazo con una pata sedosamente enguantada.

—¿Está mejor, *Monsieur Pérez?*

El ratoncito Pérez sintió que se erizaba cada pelo de su cola,

tón? ¿Y si hablas con Igor?, ¿acaso te pudiera ayudar a regresar como polizón? ¿Por dónde andará el bueno de Igor? ¿Por qué este hotel está lleno de lagartijas? ¿No podrías pedir otras magdalenas como las del desayuno? ¿Servirán sopa de cebolla en el restaurant? ¿Le gustará la sopa de cebolla a Miss Blanca? ¿Cómo lucirá Miss Blanca? ¿Será una rata?, ¿una lagartija?, ¿otra gata?».

El ratón Pérez sacudió la cabeza ante esta última posibilidad. ¡Ya sería el colmo!, se dijo. Aún no se adaptaba a la idea de entrevistar a Félicette como para que así, de buenas a primeras, sin que nadie le avisara, resultara que Miss Blanca fuera también una gata. No, no, no. Ya lo sabía. Tendría que haberlo leído. Hurgó entre las hojas del expediente, pero no encontró nada que lo confirmara. «Tampoco nada que lo negara». ¡Cállate, Martina!

Cerró la carpeta. Se agitó en el sillón, sacudió la cabeza para vaciarla de todas las preguntas, y miró el reloj ubicado en la pared de la recepción. Siguió el movimiento de las manecillas como si tratara de empujarlas con la mirada, apurándolas, exigiéndoles correr más rápido. Las manecillas, por supuesto, no le hicieron caso. El segundero siguió marcando los segundos y el minuterero los minutos, como vienen haciéndolo quién se acuerda desde cuándo; y seguirán haciéndolo quién se atreve a decir hasta cuándo.

Finalmente, el reloj marcó las 12:50, y Pérez pareció despertar de una ensoñación. Se incorporó de un salto. Con la carpeta firmemente aferrada contra su pecho, fue hasta el restaurante.

A las 12:58 ya estaba sentado a una de las mesas, con cara de pocos amigos. De inmediato se acercó una lagartija con una servilleta entre las patas. Tras decir el habitual «*bonjour*», retiró el servicio de protocolo, le llenó una copa con agua burbujeante y le entregó un menú, antes de retirarse discretamente hacia un extremo del salón.

Pérez abrió con desgana el menú y arrugó el entrecejo. ¡Estaba escrito en francés! Soltó un bufido y dejó a un lado la carta.

tarjeta, levantó el sombrero en señal de saludo y se marchó en silencio, dejando a Pérez en el umbral de la puerta, con la boca abierta, el equipaje en una mano y la tarjeta en la otra.

«¿Y ahora qué?», se preguntó el ratoncito Pérez.

Cerró la puerta con la cola, dejó el equipaje en el suelo y leyó la nota.

Encuentro con Miss Blanca, contacto de la gata Félicette.

Lugar: Restaurante del Grand Hôtel du Havre.

Hora: 13:00 horas locales. ¡Sea puntual!

El ratón Pérez arrojó la nota a un lado. Refunfuñando entre dientes, se tiró de espaldas en la amplia cama de la habitación. «Pero, ¡qué se han creído! —rezongó a toda voz—. ¿Se piensan que todavía soy el correveidile, el mandadero, el ratón del café? Pues se equivocan. ¡Soy un reportero!, reportero de la Agencia RATPRESS. Estas no son maneras de tratarme. Ni que fuera un monigote al que le ordenan todo lo que debe o no hacer. Y esa Miss Blanca... seguro que es otra engreída al servicio de la Agencia, enviada con el único propósito de espiarme, de controlar que el novato cumpla con su cometido. ¡Todos son unas ratas de alcantarillas!».

Y así, renegando de todo lo que le recordaba a la Agencia RATPRESS, le sorprendió el sueño. Sin quitarse la ropa de viaje, sin bañarse, sin siquiera probar un bocado, y sin sentarse a escribir en el diario que había prometido llevar para Martina.

9

A las 12:58 ya estaba Pérez sentado a una de las mesas del restaurante del hotel, con cara de pocos amigos. No era para menos. A las siete de la mañana —¡siete de la mañana! — lo había despertado el timbre del teléfono, y del otro lado de la línea una voz afrancesada se presentó como el «*serrrrvicio desperrrtador* que usted solicitó», para luego colgar sin darle tiempo a Pérez de

responderle que él no había solicitado ser despertado a aquella hora. Cuando se le pasó el enfado, se arrellanó entre las sábanas para intentar dormir otro rato, y entonces entró en la habitación una lagartija uniformada, empujando un carrito sobre el que descansaban tazas, platos, jarras y un florero con una flor en su interior. Antes de que el ratoncito pudiera reaccionar, la lagartija murmuró «*bounjour*», hizo una reverencia y se marchó. Otra ola de enfado comenzó a formarse muy dentro de él, pero el olor a magdalenas frescas y mantequilla terminó por aplacarla.

Se bajó de un salto de la cama y fue hasta el carrito. Se despachó de cada platillo como si no comiera hacía un siglo. Magdalenas con mantequilla, dados de queso y jamón, plátanos y peras troceadas, un huevo duro, leche caliente, café, y ¡hasta un bombón! Todo desapareció como por arte de magia, un truco de prestidigitación que Pérez cerró con un sonoro eructo y golpecitos de satisfacción sobre su panza. Para ese momento, ya casi no se acordaba del impertinente francés que lo había despertado tan temprano en la mañana. Es más, se sintió cargado de ánimos y se dispuso a darse un baño para luego salir a conocer esa Torre Eiffel de la que tanto había leído y a la que anunciaban como una de las maravillas «que no se puede perder si visita París». Con ese plan en mente, preparó la bañera y se metió. El agua tibia y el olor de los jabones terminaron por adormilarlo.

Otra vez fue despertado por el timbre del teléfono. Agarró una toalla, se envolvió en ella y corrió hasta el aparato, pero ya este había dejado de sonar. Por un segundo pensó que lo había soñado. Entonces vio sobre la almohada una tarjeta como las que solía entregar el ratón de traje gris y bombín del mismo color. Pérez sintió un salto en el estómago. Miró hacia todos lados, antes de decidirse a tomar la tarjeta:

Este es un recordatorio de su encuentro con Miss Blanca, a las 13 horas de hoy, en el Restaurante del Grand Hôtel du Havre. Por favor, no se entretenga y recuerde: ¡sea puntual!

«¡Esto era el colmo!», se dijo Pérez, rojo de ira. ¡Esa rata de alcantarilla se había atrevido a entrar a escondidas en su habitación! «Pero ¡qué se habrá creído!». Caminó de un lado al otro de la habitación, con los pelos erizados y húmedos, rumiando una y otra vez: «¡Cómo se atreve! ¡Cómo se atreve!». Terminó de secarse. «¡Cómo se atreve!». Se vistió «¡Cómo se atreve!». Recogió la carpeta con el logo de la agencia RATPRESS. «¡Cómo se atreve!». Salió de la habitación... «¡Cómo se atr...!» ...dando un portazo.

El enfado había cedido algo cuando llegó a la planta baja. Aun así, no pudo evitar cierta rudeza al preguntarle a la lagartija de la recepción cuán lejos estaba la Torre Eiffel.

—A unos cuatrrro kilómetrrros, *monsieur*, pasando el Sena. —respondió la lagartija pausadamente, y añadió: —¿Le llamo un taxi, *monsieur*?

El ratón Pérez sacó las cuentas mentalmente y comprendió que no valía la pena. «Si es tan famosa como dicen», pensó, de seguro estará llena de visitantes y tendría que hacer una larga fila para poder visitarla. Jamás llegaría a tiempo al almuerzo con Miss Blanca. Recordó el *¡Sea puntual!* de la tarjeta y le pareció ver ante sí el rostro impertérrito del ratón de bombín. Sintió que regresaba el enfado.

—No, gracias —dijo con fastidio.

Arrastrando las patas fue hasta uno de los mullidos sillones del lobby y se sentó. Abrió la carpeta y no pudo evitar otro escalofrío al ver la fotografía de la gata a la que conocería jese mismo día! Volteó la foto y se dispuso a releer el expediente, mientras tomaba notas para las posibles preguntas que le formularía.

Una hora después solo había escrito unas pocas palabras sueltas. Las preguntas, en cambio, las escuchaba en su cabeza, curiosamente, con la voz de la cucarachita Martina. «¿En qué te has metido, Pérez? ¿Cómo se te ocurre que lograrás lo que otros reporteros expertos no pudieron? ¿Y si renuncias? ¿Es posible? ¿Dónde estará el del bombín? ¿Es posible que sea el mismo ra-